

China de hoy

China de Mao



Luis Guillermo Vasco Uribe



Mao Tsetung en un acorazado (pintura al óleo por trabajadores artísticos de la Marina del EPL)

China de Mao

China de hoy

Luis Guillermo Vasco Uribe

**Conferencia
octubre de 1999**

Contenido

| | |
|---|-----------|
| Nota de los editores | 5 |
| China de Mao, China de hoy | 7 |
| Pregunta | 41 |
| Algunos textos sobre la China prerrevolucionaria | 43 |
| Cronología básica de la revolución china | 59 |
| Conferencista | 63 |

Nota de los editores

Con motivo del 50° aniversario del triunfo de la Revolución China, el antropólogo y profesor universitario Luis Guillermo Vasco Uribe preparó una conferencia que ilustra la situación del pueblo chino antes, durante y después de que China estuviera en manos de los seguidores de las concepciones de Mao Tse-tung. La conferencia se dictó a finales de 1999 en diversos recintos: las universidades Nacional y Pedagógica en Bogotá, la Universidad de Antioquia y la sede sindical de ADIDA en Medellín, la Universidad Tecnológica de Pereira y la Universidad Industrial de Santander en Bucaramanga. Aquí reproducimos la transcripción de una de las intervenciones, ligeramente editada por el autor.

China de Mao, China de hoy

En 1958, el 31 de junio, Mao Tse-tung escribió un poema motivado por una noticia que había aparecido el día anterior en el periódico “Diario del pueblo”. Mao escribió una introducción breve a ese poema, que dice: “la noticia de la extinción de los caracoles en el distrito de Yuchiang me impresionó de tal modo que no pude dormir durante toda la noche. A la mañana siguiente soplaba una suave brisa y el sol brillaba sobre mis ventanas, y yo estaba aún contemplando el cielo del sur y escribiendo en mi alegría estos versos”:

*Las aguas y las colinas lucían su verdor en verano,
cuando los mejores médicos estaban desconcertados por esta plaga.
Miles de pueblos estaban invadidos por las ratas y las malezas
y los hombres languidecían; un fantasma cantaba sus baladas
en diez mil casas desoladas.
Ahora, en un día, hemos saltado alrededor de la tierra
y hemos explorado mil Vías Lácteas.
Si el Vaquero pregunta por el dios de la peste,
le contestaremos con alegría y con tristeza que ha desaparecido arrastrado por
las aguas.
Miles de ramas de sauce se mecen con el viento de la primavera;
los 600 millones de hombres de este gran país, tienen todos una nueva sabiduría
Tal como deseaban, las flores del melocotonero se han convertido en olas
y las verdes montañas en puentes.
En el Alto Wuling se levantan y abaten azadas de plata,
brazos de acero remueven la tierra y doman los anchos ríos.
¿Donde has ido, dios de la peste?
Hubiésemos quemado para tu despedida velas y barquitos de papel.”*

¿Qué lleva a que en circunstancias en que se inicia ese gran movimiento que sería denominado el “Gran Salto Adelante”, Mao se desvele porque el vector transmisor de una enfermedad, la esquistosomiasis, haya sido eliminado en un distrito de China? ¿A qué se debe que celebre con un poema épico, que compara esa eliminación con el asalto de la tierra y de mil galaxias?

Para entenderlo hay que conocer las condiciones de la China pre-revolucionaria. Para entender que Mao celebre de esa manera la expulsión del dios de la peste, hay que conocer las características de esa sociedad que, como plantean los chinos, vivía aplastada bajo el peso de tres grandes montañas: el imperialismo, el feudalismo y el capitalismo burocrático. Hay que entender las condiciones de vida del pueblo bajo esas 3 grandes montañas, a las cuales se agregaba, para el caso de las mujeres, una cuarta: la dominación por los hombres.

En la vieja china

Las 4/5 partes de la población china eran campesinos, reducidos durante siglos a la servidumbre, a la condición de meros accesorios de la tierra, necesarios sólo para que ésta produjera.

En las ciudades, casi toda la gran industria naciente era extranjera. Se la repartían y a la vez la disputaban las potencias imperialistas: Inglaterra, Japón, Alemania, Rusia, Francia, Italia, Estados Unidos, España y hasta Portugal.

En esas mismas ciudades vivían, en barrios suntuosos a los cuales los pobres no tenían acceso sino como sirvientes, los burgueses burocráticos y los dirigentes feudales aliados de esas potencias. Potencias que impusieron a China por la fuerza de sus armas el comercio y el consumo del opio, que embruteció al pueblo chino durante generaciones, que lo adormeció durante decenas de años, al tiempo que producía gigantescas ganancias a los europeos traficantes de ese opio, encabezados por Inglaterra.

Lugares en donde los parques, los barrios y zonas utilizados por los europeos ostentaban en sus entradas letreros que decían “no se permiten ni perros, ni chinos”; en donde los obreros trabajaban sin límite de tiempo: 12, 14, 16, 18 horas diarias, con salarios miserables. Sometidos incluso a castigos físicos de los capataces de los talleres y viviendo en barrios sin ningún tipo de servicios, que eran arrasados frecuentemente por las inundaciones.

El campo chino presentaba una situación aún peor, asolado alternativamente por graves sequías y grandes inundaciones, pero asolado sobre todo por la voracidad de los terratenientes y de los usureros, que a través del arriendo de las tierras y de los préstamos con altísimos intereses arrancaban a los campesinos en ocasiones hasta la totalidad de la cosecha, a veces incluso, aunque parezca imposible, más que la totalidad de la cosecha. Y los campesinos tenían que cubrir ese excedente con la entrega de sus hijos como esclavos, con la entrega de sus hijas como concubinas de los señores feudales.

Sometidos además a la autoridad del clan, esa forma de organización social con base en el parentesco en cuyo nivel superior se encontraban los terratenientes, que adicionaban a su autoridad política y a su poder económico, su poder como cabezas de la organización natural, el clan. A veces, incluso, los clanes eran encabezados por grandes matronas, por mujeres que aplicaban inflexiblemente la ley del clan, que era particularmente dura con las mujeres quienes, por violarla, por ejemplo hablar con un hombre extraño al clan sin permiso o salir de las tierras del clan, eran sometidas a crueles castigos. Mostraba una película china reciente que a veces las mujeres eran castigadas obligándolas a arrodillarse ante el altar del clan sobre púas de bambú que las dejaban inválidas para siempre.

En China, las mujeres viudas no podían volver a casarse jamás, y enviudaban con gran frecuencia porque era común el hecho social de las mujeres llamadas esposas-niñas, mujeres que no más recién nacidas eran ya entregadas o, mejor aún, vendidas en matrimonio a hombres adultos y a algunos ya ancianos, a quienes, por lo tanto, les quedaban ya muy pocos años de vida;

cuando estas niñas llegaban a los 13, 14 o 15 años, debían trasladarse a la casa de sus esposos ya ancianos, enviudando jóvenes; y ya no podían casarse porque se creía que eso traía las maldiciones de los dioses.

Sometidos también los campesinos, y especial y particularmente las mujeres, a la autoridad religiosa, a los sacrificios humanos de mujeres y niños, que bajo el mandato de esa autoridad se perpetraban a diario. Los niños eran enterrados vivos en los pilares de la construcción de los templos. Una película china de los últimos años comienza mostrando el sacrificio de dos mujeres jóvenes, que son despeñadas vivas por un desfiladero como ofrenda al dios de las aguas, para que termine con las calamidades que aquejan a la región.

Sometidos los niños que eran ahogados por sus padres, no más al nacer, por la incapacidad de aquéllos para sostenerlos, especialmente si eran niñas; criándose muchos de ellos para morir de hambre más tarde, cuando sus familias tenían que decidir, entre los varios hijos vivos, en cuál concentraban los últimos granos de las cosechas, para que ése sobreviviera, y dejar morir a los otros, porque tratar de alimentarlos a todos lo que significaba era la muerte de todos.

Familias que tenían que decidir a cuál de sus hijos vendían a los señores en el campo o en las ciudades, para obtener unos pocos granos de alimento y poder conservar la vida de aquellos que quedaban.

Aplastados también por las enfermedades, sin ningún tipo de atención médica, invirtiendo los escasos recursos que ocasionalmente podían dedicar a la salud en hacer ofrendas en los templos a los dioses de la salud.

Tratados los jóvenes sin tener ningún acceso a la educación, y obligados desde niños a trabajar de sol a sol en los campos para producir los productos que luego arrebataban los terratenientes.

Por eso, porque la opresión engendra resistencia, los chinos siempre lucharon. Su historia es también la historia de luchas y levantamientos. Sólo a partir de mediados del siglo pasado: la Guerra del Opio, la Revolución del Reino Celestial Taiping —que duró 13 años—, el levantamiento Yijetuan o Rebelión de los Boxers; pero el pueblo siempre fue derrotado con la intervención directa de las potencias imperialistas, como ocurrió en la Guerra del Opio, o por la conjunción de esos imperialistas con los sectores dominantes feudales y capitalistas del país.

Porque el imperialismo no es un fenómeno externo, aunque allí esté su origen; es un sistema de dominación y explotación que penetra y enraiza en el interior de los países y opera también desde sus entrañas, como una parte de su propio sistema económico-social

Provincias enteras de China estaban assoladas por las pestes y las plagas, como esta región del poema de Mao por la esquistosomiasis. Pero también por las moscas, millones de millones de millones de moscas, que en algunas regiones y épocas del año, —como todavía ocasionalmente vemos en las fotografías de los periódicos y revistas que ocurre en el África—, cubrían literalmente el cuerpo entero de las gentes, que habían desistido, quién sabe desde cuántos siglos atrás, de espantarlas, de matarlas, ante lo vano de la empresa, ante la inutilidad de tratar de evitar que esas moscas cubrieran todo. Así está contado en relatos

de viajes y en textos de escritores extranjeros que visitaron a China a finales del siglo pasado o a comienzos de éste, que jamás habían visto una cosa tal, que se desesperaban cuando las moscas a duras penas les permitían medio abrir los ojos para ver.

Las ratas, de nuevo millones de millones de millones de ratas, asolaban el campo chino y en algunas regiones, según se ha calculado, devoraban, a veces, hasta el 60-70% de las cosechas.

Así ocurría breve y resumidamente en la China inmemorial, como algún escritor europeo la llamaba, la vieja China inamovible e incambiable, eterna, aplastada y sin poderse moverse por el peso de esas tres montañas; a lo cual se aunaba, —explicaban en occidente los científicos sociales, que repiten todavía esa historia, generalizando—, su carácter esencialmente campesino y por lo tanto, como se nos enseña en las aulas de nuestras universidades: tradicional, reacio al cambio, conservador, rutinario, atrasado e ignorante, como se supone son los campesinos. Sin embargo, algunos europeos pusieron atención a la existencia de las permanentes rebeliones y luchas que se habían sucedido en China; alguno de ellos lo advirtió —justamente por eso aplicaron esta política de difundir el consumo del opio—, y dijo: “dejad que China duerma, porque cuando despierte, el mundo temblará”. Y China despertó.



La lucha por la revolución

La Revolución de 1911 golpeó con fuerza a los manchúes, la dinastía reinante. El poder de los emperadores, el poder de las dinastías, fue derrocado en 1912 y el Kuomintang, el partido político que expresaba los intereses de la burguesía china y bajo la dirección de Sun Yat-sen, tuvo su oportunidad de liberar a China de la opresión extranjera, de liberarla de la opresión interna; y fracasó. A finales de los años 20, el gobierno del Kuomintang era de nuevo, como los gobiernos feudales, prisionero del querer de los imperialistas, del querer de las clases dominantes chinas, aún de aquellas feudales que se habían organizado militarmente en sus regiones, con sus ejércitos particulares, que se habían hecho entonces al dominio del campo chino como “señores de la guerra”: los llamados Caudillos Militares del Norte.

En 1919, el gobierno chino del Kuomintang aceptó las condiciones impuestas a China en el Tratado de Versalles, como resultado del reparto del mundo que siguió al fin de la Primera Guerra Mundial, y que beneficiaron, entre otros y principalmente, al Japón.

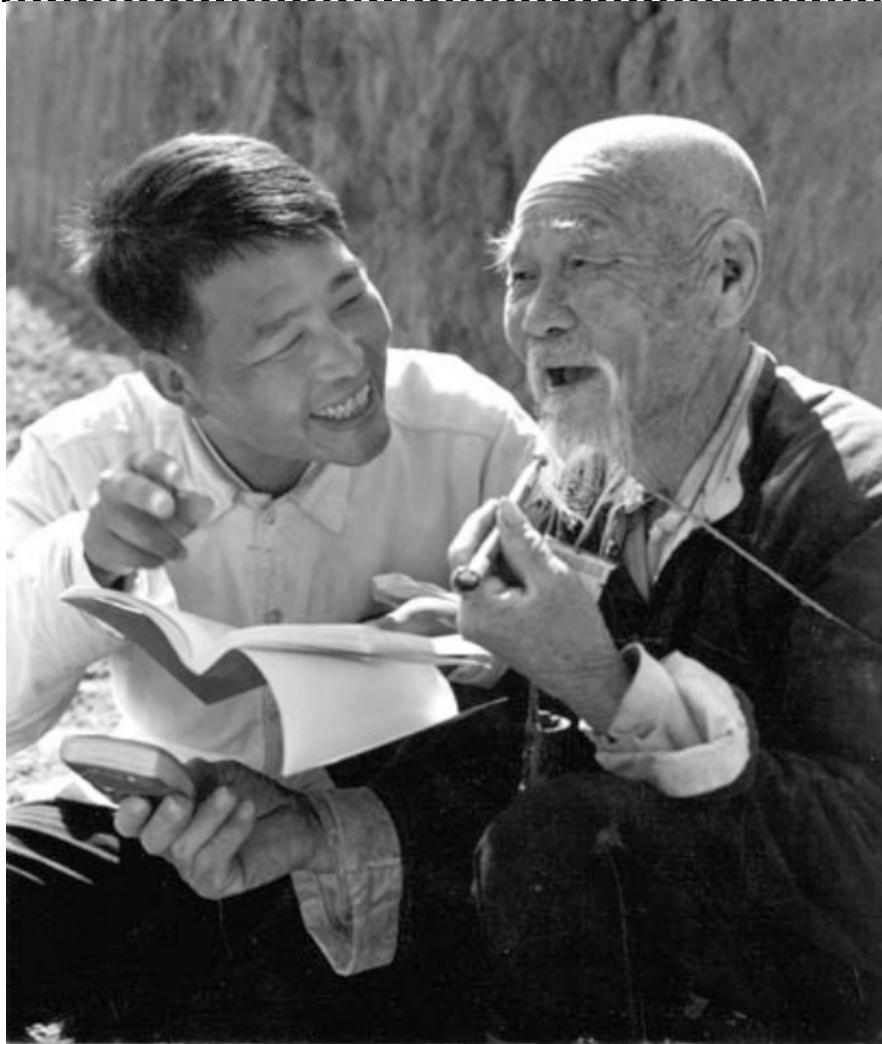
El 4 de mayo de ese año, los estudiantes salieron a la calle, primero en Pekín, que era la capital del gobierno del Kuomintang, y luego en el resto de las grandes ciudades del país, en defensa de la soberanía nacional, lo cual despertó un gigantesco movimiento antiimperialista y antifeudal con la participación de los obreros y los campesinos, marcando una nueva dirección en la vida política china. Esa fecha del Movimiento del 4 de Mayo de 1919 ha sido considerada como el comienzo de un nuevo despertar de China. Movimiento que mostró a las claras que la burguesía china, los capitalistas chinos, no tenían la fuerza, la capacidad, ni la intención de atacar a las tres grandes montañas.

A ello se unió otra circunstancia: por esa época llegaron, como dicen los chinos, las salvas de la Revolución de Octubre, ocurrida en Rusia en 1917, traídas, entre otras formas, por estudiantes chinos que regresaban de Europa, señalando un nuevo camino para los pueblos del mundo: el de la Revolución Proletaria. De ese Movimiento del 4 de Mayo, de ese mensaje de la Revolución de Octubre, surgieron en China elementos nuevos que habrían de dar sus frutos más adelante.

Se inicia entonces el período que se ha llamado de la Revolución de Nueva Democracia, el planteamiento de que la lucha democrática y antiimperialista en China ya no puede ser encabezada por la burguesía ni por el Kuomintang, sino que ahora debe ser adelantada por movimientos, partidos y organizaciones que representen los intereses del pueblo, bajo la dirección del proletariado.

Durante la década de los años 20, la lucha revolucionaria se adelanta con la dirección del Partido Comunista, que se había fundado en 1921, y con la participación de los delegados de la Internacional Comunista. Las acciones y los levantamientos de este período se desarrollan fundamentalmente en las ciudades, centrados sobre el escaso y naciente proletariado chino, y a través de un Frente Único formado a instancias soviéticas por el Partido Comunista y el

Kuomintang; y culminan en 1927 con la traición del Kuomintang, —dirigido por Chiang Kai-shek después de la muerte de Sun Yat-sen—, que desencadena un ataque sorpresivo y feroz contra el pueblo y el Partido Comunista, y con un levantamiento que establece, a semejanza de la Comuna de París, una comuna dirigida por el proletariado en la ciudad de Cantón, comuna que es aplastada y liquidada por las tropas del Kuomintang a costa del exterminio, de la masacre de millares de obreros y pobladores de esa ciudad que participaron en este movimiento.



Los ancianos de experiencia enseñan a los jóvenes,
a la vez que aprenden de ellos

Durante este período se ha venido extendiendo por el campo chino un vasto movimiento de organización y lucha campesina, el movimiento de las llamadas “Asociaciones Campesinas”, que se niegan a pagar los arriendos, que se apoderan de las tierras, que a veces incluso asaltan las casas de los terratenientes y expropián los cereales acumulados en los depósitos, que atacan

a las autoridades religiosas, políticas y militares, que se rebelan contra la autoridad del clan y que, al decir de muchos, cometen excesos.

Mao intuye que allí hay un fenómeno importante y se dedica a prestarle atención y a investigarlo desde mediados de 1925, para concluir que es preciso dar todo el respaldo a la conformación de las “Asociaciones Campesinas” y dedicar sus esfuerzos a la ampliación y consolidación de ese movimiento, orientándolo hacia la toma del poder, llegando a ser su presidente en 1926.

A partir de esta experiencia comienza a gestarse un cambio en la dirección de la Revolución China, comienza a mirarse hacia ese espacio en donde se concentra la enorme mayoría de la población, en donde se asientan las bases principales de la dominación interna, que es el campo, lo cual significa una confrontación de puntos de vista y de criterios al interior de los revolucionarios chinos, al interior del Partido Comunista. Una pugna de la cual no está ausente la participación exterior, inclusive la de aquellas corrientes que se enfrentaban en ese momento también en los países occidentales de Europa y principalmente en la Unión Soviética.

En agosto de 1927, ocurre lo que se conoce como el Levantamiento de Nanchang, en el cual un sector del ejército del Kuomintang, bajo la dirección de los comunistas, se rebela, abandona sus cuarteles, ocupa la ciudad y, luego, marcha al campo para vincularse con los movimientos y las luchas del campesinado. En septiembre, Mao Tse-tung dirige el Levantamiento de la Cosecha de Otoño, y funda el primer destacamento del Ejército Rojo de Obreros y Campesinos. Surge de estos acontecimientos, como habría de comprenderse después, la chispa que, en palabras de Mao, habría de incendiar posteriormente toda la pradera; se sembraba así la semilla del que luego sería el Ejército Popular de Liberación.

Sobre estas bases, se crea en el campo, en las montañas Ching kang, en la frontera entre las provincias de Hunán y Kiangsí, lo que en esa época se llamó el “Primer Soviet de China”, teniendo por supuesto como una mira la experiencia de la Revolución Rusa, de la Revolución Soviética.

En esa región se desarrolla un fenómeno peculiar, una Base de Apoyo Revolucionaria, que se fundamenta, por un lado, en la forma de conciencia del pueblo chino, que ha enfrentado las calamidades naturales y sociales que lo han agobiado durante siglos con fundamento en el desarrollo de una conciencia comunitaria y en la acción de unos principios comunitarios; investigadores extranjeros han señalado a lo largo de la historia China esa peculiaridad del campesino chino, su espíritu comunitario, su orientación a enfrentar sus problemas en forma colectiva; además de tener una concepción globalizante, totalizadora, de la vida social. Esta conciencia, por otro lado, se liga con la concepción marxista que, —a diferencia de lo que ocurre con nuestras ciencias sociales, que se reparten el estudio, análisis y tratamiento de la sociedad como tajadas de un ponqué, cada uno con su propia tajada—, concibe también la sociedad como una unidad y lucha por el comunismo. Así, la semilla del marxismo encontró en el campesinado chino un campo abonado para arraigar, crecer y desplegarse.

La experiencia predece entre los campesinos y los soviets se multiplican hasta abarcar once provincias, basados en la fuerza de los destacamentos del Ejército Rojo que se crearon después de los levantamientos de Nanchang y de la Cosecha de Otoño. Su desarrollo implica también dedicarse al manejo de la totalidad de los problemas de la sociedad en una amplia región, a ir transformando todo poco a poco y desde ese mismo momento, a ir revolucionando poco a poco y desde ese mismo momento las relaciones sociales: confiscando la tierra de los terratenientes donde eso era posible, restringiendo y controlando el arriendo de la tierra, y por lo tanto el pago del terraje, en donde no era posible confiscarlas, destituyendo las autoridades locales y reemplazándolas por las Asociaciones Campesinas, trabajando las tierras en común o por lo menos poniendo en común los instrumentos de labranza para labrar la tierra de cada uno, tarea en la cual participaban de manera sustancial los miembros de este Ejército Rojo, del cual decía Mao que su tarea no era sólo combatir sino también producir.

Enfrentando los problemas de salud, tarea en la cual, entre otras cosas, participaron médicos extranjeros internacionalistas que llegaron a China desde los años 30 a prestar sus servicios en esta región: ingleses, norteamericanos, australianos, más tarde incluso canadienses.

Abocando la solución de los problemas de la educación, creando formas de enseñanza muy diversas y no todas ellas escolarizadas, no sólo para los niños y los jóvenes, sino también para los adultos que debían empezar por ser, incluso, alfabetizados; educación orientada a obtener cada vez mejores resultados en el conjunto de las actividades que se estaban llevando a cabo; actividades educativas orientadas a encontrar solución a los problemas que planteaba la región y no a la especulación teórica, al regodeo con las concepciones del mundo intelectual, sin que eso quiera decir que se despreciara la teoría, sino poniéndola al servicio de la solución de las necesidades de la vida cotidiana del pueblo en estas regiones. De esa misma manera se estudiaba la concepción marxista, porque había también esa clase de educación política, combinando el estudio con el trabajo.

Además, innovando las técnicas agrícolas, atacando en esas regiones las causas de las enfermedades, enfrentando la superstición religiosa y atacando el problema de la opresión de la mujer, permitiendo, por ejemplo, que se abolieran los matrimonios forzados, prohibiendo la venta de niños y niñas, restringiendo la poligamia masculina, eliminando o restringiendo el concubinato, vinculando a las mujeres a todas las actividades que se desarrollaban con base en un principio formulado por Mao: “todo lo que puede hacer un hombre, lo puede hacer una mujer”.

Estos soviets, denominados Bases de Apoyo Revolucionarias, se extendieron por una amplia región del sureste y centro de China durante 4 años, constituyendo un fenómeno nuevo, un fenómeno que implicaba el manejo global del conjunto de la vida social como un todo y la participación de la población de esas regiones en el manejo de ese conjunto de la vida social a través de las

Asociaciones Campesinas, bajo la dirección del Partido Comunista; asociaciones que dirigían todo lo concerniente a lo militar, lo administrativo, la producción económica, el manejo de recursos, la educación, la salud, etc., restringiendo y atacando además las formas de división social del trabajo y de las actividades sociales que habían desarrollado durante mucho tiempo las sociedades de clase.



Milicianas

En 1931, el Japón invade a China, dando inicio, desde el punto de vista oriental —por supuesto no desde el punto de vista occidental—, real y verdaderamente a la II Guerra Mundial, que, como se sabe, no termina con la rendición de Alemania, sino que termina con la del Japón, después de que éste país recibe el ataque de las bombas atómicas norteamericanas. En nuestra historia y nuestra visión se dice que la II Guerra Mundial comenzó con la expansión alemana y la invasión, primero, a Checoslovaquia y a Polonia y, luego, a otros países de Europa; pero realmente, como lo mostraría la perspectiva posterior, esta guerra mundial, la Segunda, se inició con la invasión del Japón a China.

El gobierno chino del Kuomintang, de la burguesía, no resistió la invasión japonesa. Es de las Bases de Apoyo y de las ciudades en donde hay influencia del Partido Comunista sobre los estudiantes y sobre los obreros, de donde surge el movimiento de resistencia contra el Japón, de donde brota lo que se llamó la

Guerra de Resistencia Antijaponesa, que modifica las condiciones internas de China. El Kuomintang, sin embargo, en lugar de atacar y combatir al Japón, atacó las Bases de Apoyo, atacó esas zonas liberadas en donde se realizaba ese conjunto de actividades que he mencionado.

Principalmente a causa de los errores cometidos en la orientación del Partido Comunista, en especial por el predominio de la línea “izquierdista” de Wang Ming, quien acababa de regresar de Moscú, el Ejército Rojo se ve obligado a abandonar las Bases de Apoyo y emprender lo que se conoce como la Gran Marcha, que atraviesa el territorio chino de este a oeste, primero, y de sur a norte, luego, hasta cubrir una extensión de 25.000 li, es decir, aproximadamente 12.500 kms. de marcha. Marcha quiere decir en este caso ir a pie, —aunque ahora nosotros estemos acostumbrados a que las marchas son en carro, en bus, en avión, en muchas cosas—; pero no, para ellos marcha era marcha, 12.500. kms. a pie, cruzando las regiones más inhóspitas de China, grandes montañas nevadas, desiertos, zonas pantanosas, centenares de kilómetros de pantanos, recorridos, como lo expresaron los chinos —y no es una metáfora—, calzados con sandalias de paja y con su ropa hecha jirones. Durante más de un año, el Ejército Rojo y un sector importante de la población de esas regiones, que salió para no ser masacrada y se unió al Ejército Rojo, caminaron y combatieron, resistiendo los ataques del ejército del Kuomintang.

Esa experiencia y el análisis y discusión de los errores que se habían cometido, produjeron y forjaron una nueva línea y una nueva orientación para la Revolución China, con la concepción de la Guerra Popular Prolongada como su centro, estableciendo bases de apoyo revolucionarias para cercar y tomar las ciudades desde el campo. Durante la Gran Marcha, en la población de Tsunyi se realiza en 1935 una reunión de la dirección del Partido, y en ella, por primera vez en forma clara desde su fundación, el Partido Comunista Chino adopta la línea y la orientación de Mao Tse-tung como las oficiales. En octubre de ese mismo año, de cerca de 350.000 personas que partieron al comienzo de la Gran Marcha, llegan a Shensí y Kansú, en el norte de China, 30.000 sobrevivientes, lo más probado de los revolucionarios chinos.

Esos 30.000 sobrevivientes emprenden en esa región, teniendo a Yenán como centro, la tarea de construir las bases de la Guerra de Resistencia contra el Japón, con el mismo espíritu y la misma orientación con que se habían construido las Bases de Apoyo; se creó así la Región Fronteriza de Shensí-Kansú-Ninghsia.

En 1945, estos sobrevivientes, que han crecido hasta hacerse millones y controlar la tercera parte del territorio chino, derrotan al Japón, pero aún así el Gobierno del Kuomintang no exige a los japoneses que firmen su rendición. Es sólo posteriormente, como corolario del bombardeo de Hiroshima y Nagasaki y la rendición del Japón ante Estados Unidos, que el Ejército japonés se rinde, pero no ante quien lo ha derrotado, que es el que ya en ese momento se denomina Ejército Popular de Liberación, sino ante el Gobierno del Kuomintang, que no ha luchado en contra del invasor, excepto por breves períodos pasajeros.

Libre ya de la carga del Japón, el Kuomintang vuelve de nuevo su enfoque, su ataque, su fuerza, sobre las regiones liberadas. Se reinicia entonces la guerra civil, en forma tan compleja que en un momento dado las fuerzas revolucionarias trazan una estrategia que las lleva a abandonar a Yenán, “la cuna de la revolución”, como la denominaría Mao Tse-tung. Pero, al final de la misma, en 1949, un millón de soldados del Ejército Popular de Liberación cruza el río Yangtzé y toma Nanking, capital del gobierno de Chiang Kai-chek, para luego tomar el poder en todo el país, mientras el Gobierno del Kuomintang y el remanente de sus tropas —pese al apoyo de Estados Unidos, Inglaterra y los demás imperialistas— se ven obligados a huir de la ciudad, para luego abandonar el continente y reducirse a la isla de Taiwán, en donde permanecen todavía.

.....



Dos generaciones, dos nacionalidades

Primeros 15 años de la Revolución China

En ese momento, del cual se cumplieron el 1º de octubre 50 años, en la tribuna de la Plaza de Tien An Men, en Pekín, Mao Tse-tung proclama la fundación de la República Popular China y declara ante el mundo: “El pueblo chino se ha puesto de pie”; para agregar después: “hemos dado solamente el primer paso de una nueva gran marcha de 25.0000 li”.

Hay que entender con claridad ese momento. Muchos, aquellos que se habían unido a la revolución y a la dirección del Partido Comunista porque querían la prosperidad de China, el engrandecimiento de China, porque querían la expulsión de los imperialismos, porque deseaban la derrota y expulsión de los japoneses invasores, porque querían el desarrollo de una China moderna, consideraban que habían alcanzado su objetivo, que estaban dadas las condiciones para iniciar ese proceso y que por lo tanto la revolución había terminado.

Para otro sector, fundamentalmente para los distintos sectores del pueblo y para el Partido Comunista, era sólo el comienzo de otra gran marcha de 25.000 li, era la finalización de la Revolución de Nueva Democracia, que había culminado con el derrocamiento de los imperialismos, de la feudalidad, del capitalismo burocrático, es decir de esas tres grandes montañas que habían venido aplastando al pueblo chino, y era, a su vez, el comienzo de una nueva revolución, la Revolución Socialista, que debía seguir en forma ininterrumpida, sin pausas, sin transiciones, a la Revolución de Nueva Democracia.

El nuevo gobierno chino expide la ley de reforma agraria que confisca las tierras de todos los terratenientes para entregarlas a los campesinos, que confisca la tierra de los campesinos ricos y medios que habían colaborado con el Japón para entregarlas a los campesinos; también confisca todas las empresas industriales y todos los bancos del capital extranjero y de aquellos capitalistas burocráticos que habían colaborado con los imperialistas para crear con ellas, con esas empresas y con esos bancos, las primeras formas de Propiedad Estatal Socialista.

Se proclama la Ley de las nacionalidades que elimina los sustentos legales de la opresión de la mayoría nacional Han (China) sobre los pueblos de las múltiples nacionalidades existentes en el país.

Se proclama la nueva Ley de Matrimonio, que elimina el matrimonio forzoso de las esposas-niñas, de las esposas que se compran; prohíbe el concubinato; da igual derecho de propiedad de la mujer frente a los hombres; fija la igualdad de responsabilidades en el cuidado de los hijos; permite que las viudas se vuelvan a casar; da derecho al divorcio a la mujer en igualdad con el hombre; da igualdad en derechos patrimoniales a la mujer y al hombre; y abole la autoridad del clan, especialmente en lo que tiene que ver con la mujer.

Y así otras leyes, como la Ley sobre instrucción popular, que, en lo fundamental, culminan de manera legal en toda China un proceso que, ya en los hechos, se había iniciado en las Bases de Apoyo, se había continuado y puesto en práctica en las zonas liberadas del norte de China durante los años anteriores

a la toma del poder en todo el país, —porque ya el pueblo estaba en el poder en esas regiones liberadas, que cubrían 1/3 de China, antes de 1949, como lo había estado durante 4 años en las Bases de Apoyo en la década de los 30.

A partir de 1953, cuando se termina el proceso de expedir y poner en práctica estas leyes, comienzan a plantearse las nuevas cosas que debe emprender la Revolución China, ya no para cumplir con las tareas democráticas, sino para impulsar el socialismo; y reaparece de nuevo ese fenómeno que es clave para entender porque hoy no hay socialismo en China.

Ya he dicho que muchos se unieron a la revolución porque querían una China próspera y libre, moderna, y no porque aspiraran al comunismo. Por lo tanto, cuando triunfa la Revolución de Nueva Democracia, se apegan a la situación que se ha logrado y lo que quieren es desarrollarla, no quieren que haya más revolución, se oponen a esas nuevas tareas revolucionarias desde el propio interior del Partido Comunista. Desde ese momento recomienza esa lucha que se consolida y se manifiesta públicamente, la lucha entre las dos líneas, encabezadas en esa época por Mao Tse-tung, de un lado, y, del otro, por Liu Shao Chi, estando un poco todavía en la sombra en este momento Teng Xiao-ping.

En 1958, se aprueba, no sin gran debate, el Segundo Plan Quinquenal, un plan que pretende reorganizar la sociedad China en lo fundamental en 5 años, sobre todo en la economía. A finales de ese año, Mao lanza la consigna del Gran Salto Adelante, que plantea revolucionar la sociedad China en todos los campos, aun en el campo la lucha contra la peste y contra las plagas. Ante este nuevo reto, se emplea de nuevo esa concepción integral de la sociedad que plantea que para producir cambios es necesario transformarlo todo. Como así lo han mostrado los campesinos chinos, aquellos que eran considerados como inamovibles, conservadores, rutinarios, opuestos al cambio, y que en 20 años han cambiado esa China y han barrido esas tres montañas que los habían oprimido durante siglos.

Se piensa generalmente, así se planteó en Occidente, que el Gran Salto era sólo una política de amplio y acelerado desarrollo económico. Y nos encontramos con este poema de Mao, en que el celebra una de las victorias de este Gran Salto: eliminar el vector de la esquistosomiasis en una región de China, agobiada por esa enfermedad durante siglos. No era un gran movimiento económico pero sí un gran movimiento del pueblo; todos los habitantes salieron a recorrer los campos y las zonas inundadas para buscar y eliminar uno a uno hasta el último de estos animales que eran vectores de la enfermedad.

Como habían hecho en los años anteriores al 58 con las moscas, con las ratas, sistemáticamente, en gigantescas campañas que abarcaron todo el país; más de 650 millones de personas dedicadas a matar moscas y cazar ratas, aunque esto parezca una tarea poco digna de una revolución, de un gobierno del pueblo, y que Mao, al contrario, considera no solamente como el asaltar la tierra, sino como un asalto al cielo. Algo de trascendencia fundamental.

Hay otras cosas, otras tareas; por ejemplo, China, un país casi sin industria básica, —porque la guerra había arrasado lo poco que había y los imperialistas

terminaron con lo más que pudieron antes del triunfo de la revolución en el 49 y de su expulsión—, se propone producir un millón de toneladas de acero.

El camino para la producción de acero que se había marcado en Occidente y que se había seguido en la Unión Soviética, fue el de la creación de grandes acerías, de gigantescas acerías localizadas en las cercanías de las fuentes de carbón y de hierro, —como ocurre aquí, por ejemplo, con Acerías Paz del Río—, para que produjeran decenas de miles de toneladas cada una. China, por supuesto, no desecha del todo ese camino; allí se crean acerías relativamente grandes, pero ese no es el eje central para resolver el problema de la producción del acero. Uno de los propósitos de la revolución es romper la relación de dominación característica de la sociedad capitalista entre la ciudad y el campo, relación que pone el énfasis del desarrollo de la industria, de la producción de maquinaria y de acero en las ciudades, mientras deja el campo sólo para la producción agrícola, lo que marca claramente una diferenciación entre los obreros y los campesinos, y entre los trabajadores y el resto del pueblo, sus familiares, por ejemplo.

En China, en cambio, la consigna del Gran Salto Adelante para la producción del acero es construir por todo el país pequeños hornos siderúrgicos Bessemeres: en los campos, en los barrios, en los suburbios de las ciudades; un millón de pequeños hornos que produzca cada uno una tonelada de acero. En los campos..... en donde nadie sabía nada de acero ni de hierro; en los campos..... en donde los instrumentos de labranza eran todavía en ese momento de madera y piedra, donde las ruedas de los carros eran todavía de madera, donde una lámpara de petróleo metálica era un fenómeno del otro mundo. —Cuenta un libro acerca de un norteamericano que se enriqueció vendiendo millones de esas lámparas, que eran una revolución porque en muchas regiones del campo chino no se conocían objetos metálicos—.

Esos campesinos, en esas regiones, debían construir hornos Bessemeres para producir acero, hornos que ardían día y noche para fabricar el acero. Pero que implicaban no solamente a los trabajadores del acero, sino a toda la población, que trabajaba acarreado el combustible, buscando la materia prima en las chatarras, muchas de las cuales venían todavía de los restos de la guerra, para fundirlas en esos hornos que eran alimentados permanentemente.

Y cuentan quienes visitaron a China en esa época lo que significaba ese espectáculo permanente, día y noche, con decenas, con cientos de miles y miles de personas por las carreteras, por los caminos, por los ríos, acarreado el combustible para esos hornos en toda clase de vehículos, en sus espaldas, en canastos y en todo lo que podían, pero no solamente para el millón de pequeños hornos, sino también para aquellos grandes de las siderúrgicas, acarreado la chatarra para fundirla, alimentando a esa inmensa población de trabajadores del acero. Y los chinos produjeron la cantidad de toneladas de acero que se habían fijado.

El poeta colombiano Jorge Zalamea, ya muerto, visitó China en esa época y pudo presenciar ante sus ojos asombrados esa gigantesca movilización de todo un pueblo. Para recobrarla y darle permanencia, a la vez que presentarla

ante nosotros, escribió un extenso poema: “El Viento del Este da nuevas del Gran Salto”, del cual los versos siguientes son sólo un fragmento:

Seiscientos cincuenta millones de seres en unánime salto.

Todos a una:

*la mano en la mano,
unidos los hombros,
el corazón en los labios
y en los labios el canto.*

*Manos de niños recogen la chatarra;
manos de pioneros la acarrean:*

es la dichosa iniciación del salto.

*Manos de hombres y mujeres acarrean
todo lo que las nuevas comunas populares piden;
acarrean todo lo que requieren los talleres
que se multiplican por doquiera
como mízcalos en los pinares y bajo las lluvias del estío tardío;
acarrean los materiales para construir el millón de
pequeños hornos siderúrgicos que hacen ya de la tierra china,
en la noche, un invertido cielo corruscante de rojas constelaciones:*

es la poderosa voluntad del salto.

*Manos de hombres y mujeres acarrean
todo lo que otras manos esperan;
acarrean a lo largo de las avenidas urbanas,
acarrean por las grandes carreteras,
acarrean por los caminos vecinales,
acarrean por las playas y a través de los bosques,
acarrean por las laderas de los ríos y las sendas de la montaña,
acarrean en cestos,*

acarrean en cueros,

acarrean en sacos,

acarrean en latas

acarrean sobre un rodillo,

acarrean sobre una rueda,

sobre dos ruedas,

sobre tres ruedas,

acarrean a dos manos y a racimos de manos,

acarrean a la mañana,

al mediodía,

al poniente

*y en la alta noche,
acarrear con gravedad y con alegría,
acarrear con altos gritos viriles
y breves risas femeninas,
acarrear todo lo necesario para la construcción
de la gran casa china en que todos quepan.*

*¡Oh!, movimiento perpetuo, incesante creación,
carrera,
danza
y juego;
circulación de una sangre nueva,
más rica,
más pujante,
más pura;
ordenado torbellino,
medida marejada,
¡Larga Marcha!,
¡¡Gran Salto Adelante!!*

*Y hay voces que dicen:
porque la mano sabe para qué trabaja,
porque la mano sabe para quién trabaja,
la mano en su trabajo da mil por uno.*



"Acarrean a dos manos y a racimos de manos"

Por supuesto, como era de esperar, como se recalcó y se relató en el extranjero, incluyendo la Unión Soviética, una buena cantidad de ese acero no fue útil para la industria pesada, porque no era de la mejor calidad; es más, terminada esa gigantesca colada, la mitad de ese millón de hornos fue desmontada. Y se dijo en el exterior, y dijeron los enemigos de la línea de Mao en China: “fracasó el Gran Salto Adelante”, porque no querían ver lo que representaba como cambio esencial en un país fundamentalmente rural, agrícola, campesino, que el campesinado hubiera podido ser capaz de producir acero en esa escala, de vincularse a una producción industrial, que las amas de casa y los ancianos jubilados en sus barrios hubieran podido producir acero y que, además, las nuevas siderúrgicas hubieran podido producir acero.

El objetivo fundamental, el cambio fundamental que se buscaba y se alcanzó en ese proceso, fue comenzar a romper la separación entre campo y ciudad, entre campesino y obrero, entre agricultura e industria y dar un mentís a aquellos que consideraban que las 4/5 partes de la población China eran campesinos ignorantes, incapaces, inamovibles, reacios al cambio y a las transformaciones.

Hubo otro elemento clave en el Gran Salto Adelante. En China, ya desde los años 20, con las Asociaciones Campesinas y los Soviets, ya desde los años 40 en Shensí y en las zonas cercanas a Yenán, había habido mucha experiencia en el camino de abandonar el trabajo individual de la tierra. Se habían creado grupos de ayuda mutua con los que los campesinos se ayudaban entre sí para cultivar la tierra de cada uno. A veces ponían en común lo que tenían: por ejemplo, un cuarto de buey, —porque esa era muchas veces toda la propiedad de una familia campesina: un cuarto de buey, o sea que entre 4 campesinos se habían juntado y habían comprado un buey, cada uno tenía un cuarto—; y se dieron fenómenos a veces muy peculiares, de pronto uno de los dueños o dos de los dueños o tres de los dueños de un cuarto de buey se negaban a participar en los procesos de ayuda mutua, y aquél que sí participaba aportaba su cuarto de buey, es decir, el derecho a utilizar el buey una cuarta parte del tiempo, —pues es claro que no se trataba de que pusiera una pata o un cuarto de la carne—. Otros aportaban una pala o un arado; otros tenían más y lo aportaban para utilizarlo en común; pero cultivaban por turnos la tierra de cada uno y la ganancia de lo que se produjera era para cada dueño de la tierra.

Habían ido creando también formas de cooperación voluntaria, cooperativas agrícolas, a una velocidad asombrosa: en 1952 había 59, en el 54 eran ya 2.297, en el 55 alcanzaban a 16.921, en el 56 su número era de 117.829, para llegar en 1958 a 740.000, que comprendían el 99% de las familias campesinas.

Pero con el Gran Salto, esos campesinos que, como dice el poema, habían asaltado el cielo, se propusieron obras aún más gigantescas; por ejemplo, en el campo hidráulico, la construcción de grandes canales y represas necesarios para dar riego y luz eléctrica, controlar los ríos y las inundaciones y, por lo tanto,

también las sequías; pero también la tarea de cómo encontrar, controlar y manejar la mano de obra para los hornos siderúrgicos.

Y los campesinos de algunas regiones del país idearon y pusieron en práctica las que llamaron federaciones de cooperativas; se dijeron: pongámonos de acuerdo, pongamos en común varias cooperativas, administrémoslas conjuntamente, manejémoslas conjuntamente y así obtendremos la mano de obra necesaria y los recursos necesarios y la coordinación necesaria para emprender esas grandes obras de construcción. Otros propusieron: creemos granjas, —así las llamaron—, y ¿qué eran esas granjas?: varias cooperativas juntaban la tierra y hacían una sola finca, cuyos miembros la trabajaban en común.

Y reaparecieron dentro del Partido los dos bandos que ya se venían enfrentando anteriormente; el bando que decía que eso era aventurerismo, que era un viento de comunización utópica que no correspondía a las condiciones de China; y quienes, como Mao, —que por esa época había hecho un recorrido por China y había conocido las experiencias de los campesinos—, que encontró que allí había las raíces, las semillas de un fenómeno completamente nuevo en China y en el mundo, de un fenómeno que de nuevo iba a voltear, a revolucionar a China.

Esas experiencias de unión y coordinación de algunas cooperativas campesinas se convirtieron en la orientación y en la consigna fundamental para el campo chino, la creación de las Comunas Populares. En dos meses ya eran más de 8.000; en seis ya alcanzaban 26.600 y agrupaban al 99.5% del campesinado. Y como había ocurrido en los años treinta y cuarenta, la comuna popular organizaba de nuevo la sociedad como un todo. Los dirigentes de las comunas, elegidos directamente en asamblea general por sus miembros, revocables en su cargo por quienes los habían elegido, que debían trabajar y no solamente ser dirigentes, eran en su comuna la autoridad política y militar, la instancia de gestión y administración, la dirección económica de la producción, la unidad encargada de garantizar salud, educación, servicios públicos, obtención y manejo de los recursos, y de las relaciones con el Estado Central en su conjunto. No se trataba entonces solamente de una forma de organización agrícola, sino de una forma de organización general de toda la vida social, de un embrión de comunismo.

Así mismo se atacó el problema de una educación que estaba cerrada para los campesinos y los obreros y cuyas orientaciones estaban alejadas del interés de solucionar los problemas de la vida del pueblo. Para ello se crearon las escuelas y universidades de mitad trabajo-mitad estudio, que combinaban la teoría y la práctica y daban cabida a los obreros y campesinos destacados en sus frentes de trabajo y recomendados por sus compañeros.

Y también las mujeres comenzaron a organizarse, comenzando por aquéllas que habían asimilado los principios del Gran Salto. En una comuna, ocho amas de casa empezaron a pensar en qué podían ellas colaborar para el desarrollo de China; consultaron con la gente y ésta les dijo: aquí hay un problema, en esta región escasean y son muy difíciles de conseguir las lámparas

para los carros, los faroles para los camiones y los automóviles. Estas mujeres, amas de casa que nunca habían participado en ninguna actividad productiva que no fueran sus trabajos domésticos y, en algunas épocas del año, en ciertos trabajos agrícolas, se dijeron: vamos a fabricar lámparas para carro. Por supuesto, tuvieron que empezar por conocerlas; entonces consiguieron una lámpara vieja, la desbarataron, la estudiaron y la examinaron y luego empezaron a discutir entre ellas cómo podían hacer una igual.

Un año después, en esa comuna, más de un centenar de mujeres manejaban una fábrica que producía lámparas para carro con destino a todo el país. Un visitante del exterior les preguntó un día si ellas solas habían sido capaces de producirlas, y cuenta este viajero que la idea que él tenía era que le dirían qué ingeniero había ido a darles asesoría y si ellas habían consultado con las fábricas de automóvil del extranjero, porque en China no las había en este momento. Relata que una de ellas le dijo con modestia: no, realmente no hicimos todo solas, el marido de una de nosotras nos ayudó un poco explicándonos cómo funcionaban los circuitos eléctricos.

Es decir, que ese desarrollo de las comunas comenzó a avanzar, como Marx había vaticinado, por el camino de eliminar la separación entre la ciudad y el campo, entre industria y agricultura. Mujeres de barrios de las ciudades siguieron el ejemplo. Montaron también talleres y fábricas: las llamadas “fábricas de calle”; hay muchísimos ejemplos de ellas. Y para que las mujeres pudieran trabajar, los ancianos, los jubilados, aún muchos jóvenes, se hicieron cargo de las tareas domésticas, pero no en forma individual, sino organizando guarderías, comedores, lavanderías y sastrerías comunales.

Pero también la ciudad salió al encuentro del campo; en algunos barrios de ciudades grandes y medianas había zonas verdes, —como las de aquí que tienen letreros que dicen: no coja las flores, no pise el pasto—. Y en las fábricas a veces había zonas, como patios interiores, que no se utilizaban. Y los trabajadores y las mujeres y los ancianos jubilados y muchas veces los jóvenes, se organizaron para desarrollar la producción agrícola en esos espacios dentro de las ciudades. Llegando a alcanzar la escala de toda una ciudad, aunque comenzaban con un barrio, con el patio de una fábrica o con el separador de una calle o avenida. Y algunas ciudades llegaron así a autoabastecerse de ciertos productos, como las verduras.

La tan pregonada ignorancia, la tan cantada inmovilidad del campesinado y del pueblo se habían esfumado cuando desaparecieron las montañas que los oprimían.

Y cuentan también que en muchas ocasiones, en muchas regiones, en muchos lugares, dirigentes de China, miembros dirigentes del Partido se opusieron a esas experiencias y en muchos casos las echaron para atrás, en donde tenían el poder para hacerlo. En muchos sitios se disolvieron comunas populares, se cerraron esos talleres y esas fábricas; se consideraba que era un desperdicio de recursos que gente del campo se metiera a producir cosas de la industria, porque se daba por sentado desde el principio que serían de mala calidad; o que la gente de las ciudades se dedicara a lo agrícola cuando no sabían

de eso. Inclusive fue tan fuerte la corriente en contra de esos avances, con el argumento de que China no estaba preparada para dar ese salto, que era aventurerismo, que incluso Mao presentó renuncia como Presidente de China, siendo reemplazado por Liu Shao-shi.



Mao Tse-tung en Peitaije

La Revolución Cultural Proletaria

Eso sirvió a Mao para sumergirse de nuevo en el pueblo, para analizar lo que estaba sucediendo, para entender por qué ocurría este fenómeno, para descubrir las nuevas características de la lucha de clases en las nuevas condiciones de China, y adelantar un análisis de esa situación para desarrollar una concepción también radicalmente nueva en la historia del pensamiento revolucionario: que con la toma del poder, con el desarrollo de la revolución socialista, no se acaban las clases sociales, ni desaparecen los intereses, las orientaciones y las políticas de las clases dominantes, aunque las clases dominantes mismas hayan sido eliminadas en lo fundamental a través de sus representantes y de sus miembros. O sea que Mao encontró que en China, aunque ya no había grandes capitalistas, ya no había grandes terratenientes, ya no había grandes propietarios de fábricas, no sólo seguían existiendo esas clases y seguían existiendo esos intereses de clase y esas políticas de clase, y ubicó en dónde seguían existiendo, y lo dijo con claridad y con nombres propios, con una de sus famosas frases: “ahora la burguesía anida entre nosotros, ahora está dentro del Partido, no fuera”; agregando: dentro del Partido, los seguidores del camino capitalista siguen su camino, aquellos que querían no una revolución para el pueblo sino la modernización de China y el desarrollo del capitalismo.

Para él resultaba claro que después de la toma del poder, en las condiciones de la dictadura que se implanta, los representantes de la burguesía se refugian en el interior del Partido; esas divergencias que se venían dando durante todos los años 50, esas contradicciones tenían una explicación, esa oposición al Gran Salto Adelante, esa oposición a las comunas populares y a otras medidas correspondía a los intereses de la burguesía, ahora representados por dirigentes del Partido Comunista y del Estado chino.

Además, usaban su posición para apoderarse directa o indirectamente de los recursos de los trabajadores chinos. ¿Cómo? Dirigiendo todo con prepotencia y según sus orientaciones, viviendo con grandes lujos y comodidades, apropiándose para ellos, para sus hijos, familiares y relacionados de las viviendas que se construían —así lo muestra una reciente película china—; llenando las universidades, los colegios y las escuelas con sus hijos y sus relacionados; fijándose sueldos exorbitantes en comparación con los de los trabajadores comunes y corrientes; obteniendo para ellos, por ejemplo, los pocos electrodomésticos que se lograban producir o introducir en China; manteniendo su orientación en el manejo de los asuntos del Estado, en la enseñanza en las universidades, en el desarrollo de la medicina, en la tecnificación; por ejemplo, ellos consideraban que lo que se necesitaba para poder participar en los procesos de tecnificación era ser experto, así se fuera un experto reaccionario.

También, desarrollando su propia línea burguesa y atacando las iniciativas populares, como la que se había dado en el campo para resolver los problemas de salud: los médicos descalzos, que eran campesinos comunes y corrientes que recibían una capacitación básica nuclear en medicina durante unos meses, y que llenaron el campo chino por centenares de miles, resolviendo los problemas de

salud de la gente, y a quienes acusaban de estar haciendo daño porque no eran médicos formados en las universidades durante 5 años o más. Atacando el servicio médico cooperativo, mediante el cual, por una fracción de yuan, es decir, como si dijéramos aquí con unos pocos pesos, la gente tenía acceso a los servicios médicos, diciendo que eso desgastaba los recursos del Estado. Planteando que era erróneo que China se desarrollara siguiendo los principios que se habían planteado de tomar la agricultura como base y la industria como factor dirigente. Considerando que la gente era ignorante y no tenía porqué participar en la planificación de las actividades y la economía, que ésta tenía que venir desde arriba de parte de comités de planeación a nivel nacional integrados por expertos.

Proponiendo que se debía dar prioridad a la industria pesada para luego en un futuro desarrollar la industria ligera, cuando la línea revolucionaria consideraba que la industria ligera era fundamental para cambiar las condiciones de vida de la gente. Atacando la política de autosostenimiento, de apoyarse en los propios esfuerzos, asegurando que era tener una visión confuciana de un país encerrado sobre sí mismo y autosuficiente. Trastocando las relaciones correctas entre la industria y la agricultura y entre la ciudad y el campo. Y así para cada uno de los aspectos esenciales de la vida social en la China socialista.

Mao entendió, en ese período de relativo alejamiento, —pero alejamiento de la presidencia, no de lo que estaba sucediendo en China—, que todo esto no era otra cosa que una manifestación nueva, diferente, de la lucha de la burguesía, de los intereses de la burguesía y de la línea política burguesa para el desarrollo de China, contra el pueblo, contra los intereses y la línea política revolucionarios para construir el socialismo y sentar las bases para una sociedad comunista. Y elaboró y comenzó a desarrollar su propuesta para enfrentar este problema: la Gran Revolución Cultural Proletaria, que se inició con la crítica, por solicitud directa de Mao, del escritor Wu Han y del alcalde de Pekín, Peng Cheng, y la Cuadrilla Negra, a fines de 1965, y con la publicación, a comienzos de 1966, de un artículo de Chiang Ching sobre el trabajo artístico y literario en el Ejército.

El 16 de mayo, una Circular del Comité Central desencadena en forma abierta y con fuerza poderosa el torrente de la Revolución Cultural, que revienta incontenible, 10 días después, con el primer dazibao (cartel con grandes caracteres) marxista-leninista colocado en la Universidad de Pekín. Pero desde finales de mayo, los seguidores del camino capitalista contraatacan, enviando grupos de trabajo a empresas y universidades para desviar bajo su dirección las actividades de la Revolución Cultural. Mao sale de Pekín durante 50 días, dejando los asuntos del Partido en manos de Liu Shao-shi y Teng Xiao-ping, quienes aprovechan para tratar de hacer inocua la lucha de las masas, desenmascarándose como sus enemigos.

El 17 de julio, Mao regresa a Pekín y se coloca definitivamente al frente de la gran lucha, dirigiendo la reunión del Comité Central que elabora la “Declaración de 16 puntos” que señala con claridad los blancos de la nueva revolución. Uno de sus primeros efectos es la organización de los Guardias Rojos, que, como ya había ocurrido antes con los nuevos fenómenos revolucionarios, son atacados

por los seguidores de Liu, Teng y Peng, acusados de cometer excesos. Mao no pierde un instante y sale en su apoyo, haciendo las cosas a su manera, al recibir a un millón de Guardias Rojos en la Plaza de Tien An Men el 18 de agosto y aparecer en lo alto de la tribuna con el brazalete de tres caracteres de esa organización prendido en su brazo izquierdo. Otras siete gigantescas concentraciones de al menos un millón de Guardias Rojos cada una se sucedieron a lo largo de dos semanas y Mao las recibió a todas. Los Guardias Rojos fueron la chispa que extendió a toda China el fuego de la Gran Revolución Cultural Proletaria.

Dos orientaciones presidían la enorme movilización del pueblo: libertad de reunión y de asociación de las masas, y las masas deben liberarse a sí mismas.

Los Guardias Rojos prenden la Revolución Cultural en las fábricas y empresas, en donde los trabajadores crean grupos de “rebeldes” y de “revolucionarios proletarios”.

En esa situación, en esa necesidad de enfrentarse contra el predominio de los intereses del sector que representa a la burguesía, ¿por qué Mao plantea el problema diciendo que es un problema de cultura, que lo que hay que hacer es una revolución en la cultura? Pero el fondo de su planteamiento se aprecia luego, cuando avanza esta revolución. Aunque muchos no entendían: ¿Pero, qué es eso de plantear que se está haciendo una Revolución Cultural Proletaria y, al mismo tiempo, se está tomando el poder en las ciudades y en los distritos, y se están creando Comités Revolucionarios para dirigir las comunas, para dirigir las empresas, para dirigir las instituciones del Estado, para dirigirlo todo? ¿Qué tipo de revolución cultural es ésta, si está desarrollándose en el campo de la política, en el campo de la economía, en el campo de los servicios sociales, etc., etc.?

Aquí encontramos de nuevo esa visión que ya dijimos viene de atrás en el campesinado chino, pero que es también la de la concepción marxista: la visión de la sociedad como una totalidad que no puede tratarse, manejarse, plantearse o revolucionarse tomando partes aisladas de ella, que no es posible, como se plantearía luego, hacer una revolución económica y política si no hay una revolución cultural, pero que tampoco puede haber revolución cultural si no hay revolución económica, política, etc. La Revolución Cultural parte entonces de ese embrión que se desarrolló en las Bases de Apoyo, que continuó creciendo en las Zonas Liberadas, que alcanzó auge en las Comunas Populares, y que ahora pretende transformar por completo a toda China. En esta óptica, cultura significa civilización, forma de vida global de la sociedad.

La Revolución Cultural comienza, —y eso debe ser motivo de reflexión para nosotros—, en las universidades, y de ahí se extiende hasta cobijar todo el campo educativo. Recordemos que la revolución de Nueva Democracia, que comenzó en 1919, el 4 de mayo, es inicialmente también un levantamiento de los estudiantes; lo que nos lleva a preguntarnos por el papel que en un país como China, a lo largo de este siglo, han tenido los estudiantes, las instituciones educativas y los intelectuales. La Revolución Cultural se inicia en las universidades, es allí donde se plantea que hay que eliminar las ideas nocivas, que hay que romper con las viejas ideas. Luego se extiende a todos los niveles

de la sociedad y a todo el país, y se cierran las universidades durante años, lo que no quiere decir que se deje de estudiar o que los estudiantes dejen de aprender.

Se plantea que los estudiantes deben ir al campo para estudiar, trabajar y aprender de los campesinos; pero no sólo los estudiantes, los profesores, los intelectuales, los dirigentes del Partido y del Estado, los dirigentes de las empresas, las autoridades de las ciudades y pueblos, todos deben ir a trabajar a las zonas rurales y a aprender de los campesinos.

También el campo del arte es objeto de la Revolución Cultural, pues en él continúan viviendo los personajes, ideas y orientaciones feudales y burgueses.

Y se empiezan a identificar en la vida cotidiana china cuáles son los elementos que constituyen campo abonado para el crecimiento del capitalismo. Por ejemplo, las diferencias salariales, que deben mantenerse porque es imposible eliminarlas por completo durante el socialismo, pero que se deben restringir y controlar para que no se desborden y reproduzcan el capitalismo.

Las formas de división del trabajo, —entre ellas, quiénes dirigen y quiénes trabajan—, que tampoco pueden ser eliminadas completamente, pero que sí pueden ser atacadas y modificadas. Por ejemplo, permitiendo el acceso a los Comités Revolucionarios, aquellos que lo dirigen todo, a los trabajadores y campesinos, pero también planteando que los miembros de estos comités deben dedicarse al trabajo productivo durante un cierto período del año.

La Revolución Cultural Proletaria, que comienza en 1965 y se extiende según algunos hasta el momento de la muerte de Mao y del derrocamiento de los seguidores de su línea, ocurrido en 1976, se enfrentó a la solución de problemas completamente inéditos y nuevos en la historia del mundo.

También enfrentó problemas de la concepción del mundo y de la teoría, por ejemplo el papel de la cultura en la vida social, el peso de la cultura y la superestructura sobre la economía y la política en la vida material y las relaciones entre ellas. La revolución rusa no hizo una revolución cultural; se pensaba en esa época que los cambios revolucionarios en el campo de la economía y de la política, que venían con la toma del poder, eran suficientes. Pero la experiencia de la revolución rusa y la experiencia de China mostraron que era necesario realizar, no una, sino muchas revoluciones culturales; sin ellas, inevitablemente y pese a los cambios económicos, pese a la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción, pese a la eliminación física de los propietarios —física quiere decir que ya no existían—, inevitablemente, como había ocurrido en la Unión Soviética, se volvería al capitalismo.

Por eso, la Revolución Cultural Proletaria avanzó a la toma del poder en todo el país, en todas las Comunas, las fábricas, las empresas, los organismos dirigentes del Estado y del Partido, arrebatando el poder de manos de los seguidores del camino capitalista. En esta vía, la experiencia de la Comuna de Shanghai es de capital importancia.

A fines de 1966, los enemigos de la línea revolucionaria desplegaron una doble estrategia para enfrentar a los Guardias Rojos y a los Rebeldes; primero, los acusaron de graves desórdenes; segundo, crearon grupos ultra

revolucionarios para crear caos y enfrentamientos, cobijándose con la bandera roja de Mao Tse-tung y propiciando confusión. Pero esto llevó a una respuesta: la plena movilización de la clase obrera para definir la cuestión del poder, relegando a un segundo plano a los estudiantes. Esto desplazó el centro de la lucha de Pekín a Shanghai y a otras regiones industriales del norte.

En la segunda de estas ciudades, los obreros se organizaron en el Cuartel General de la Revuelta Revolucionaria de los Obreros y se aliaron con los Guardias Rojos para la lucha contra Liu Shao-shi y sus seguidores. Pero fueron enfrentados a través de una corriente economicista que buscaba desmovilizarlos concediéndoles una serie de incentivos materiales, al tiempo que se propiciaban paros en sectores importantes de la economía, como los puertos y los ferrocarriles, por ejemplo, corriente que también se extendió al campo, afectando la producción en forma considerable. Los obreros revolucionarios se lanzaron a la lucha y tomaron el poder en sus manos, con el apoyo de los organismos centrales del Partido y el Estado, creando la Comuna de Shanghai, embrión de comunismo, con el proletariado dirigiendo todo a través de los Comités Revolucionarios, después de destituir a los cuadros dirigentes.

Pero el desarrollo espontáneo de este movimiento, atizado por los enemigos de la línea de Mao, llevó a una atomización de las organizaciones que tomaban el poder cada una en un nivel muy reducido y a ir prescindiendo de la dirección del Partido Comunista, por lo cual, los dirigentes de la Revolución Cultural desencadenaron una campaña orientada a crear una Gran Alianza entre las fuerzas revolucionarias para ejercer el poder con algún grado de centralización, a restringir el traspaso del poder de acuerdo con las condiciones de cada lugar y al desarrollo alcanzado en cada uno por la Revolución Cultural, y a incorporar de nuevo a la dirección a los cuadros buenos y relativamente buenos, a través de los llamados Comités de Triple Integración Revolucionaria.

Pero no bastó con las incitaciones para conseguirlo, por lo cual intervino el Ejército Popular de Liberación. Este vino a las Comunas cuya trabajo había sido desorganizado, y también entró a las fábricas y demás empresas, en apoyo de la izquierda y de la producción. Los Comités de Triple Integración se conformaron con un tercio de integrantes de las masas de la entidad respectiva, un tercio de cuadros leales a la línea de Mao y un tercio de miembros del EPL, lo cual difería de la Comuna, integrada en su totalidad por representantes del pueblo.





Unidad entre el pueblo, las milicias y el EPL

La China capitalista de hoy

Sabemos que con la muerte de Mao y el derrocamiento y la expulsión del poder de los seguidores de su línea, China emprendió un camino de restauración capitalista, eliminando todas y cada una de las cosas que se habían creado desde el 49, y no sólo las de la Revolución Cultural, sino las del Gran Salto Adelante. Proceso que se ha cumplido sistemáticamente, es decir, que la línea inicial restauracionista era hacer todo lo contrario de lo que se había hecho bajo la dirección de Mao.

Es lo que se ve, por ejemplo, en muchas películas de la China de hoy. Uno encuentra que en cada una aparecen cosas que lo hacen ver muy claro. Por ejemplo, durante el período revolucionario del Gran Salto Adelante, antes de la Revolución Cultural, y luego durante ésta, se destacaron como modelos héroes revolucionarios chinos, héroes ya no de la guerra, porque no la había en ese momento, sino héroes en el cumplimiento de la orientación que se había dado para todos los revolucionarios, que era la de servir al pueblo de muy distintas maneras. Sobre esos personajes, con sus nombres, se hicieron películas, se publicaron artículos de prensa, fueron presentados a la gente, sus historias se discutieron. En las películas de hoy aparecen personajes que son lo contrario de

aquellos, pero que llevan sus mismos nombres; por ejemplo el gerente de una fábrica que utiliza su posición para obtener privilegios personales para él y para su familia, el dirigente del Partido que cabalga sobre las espaldas de la gente dando privilegios a su familia, entregando a sus familiares lo que se ha creado para el pueblo, tienen los nombres de esos personajes heroicos del pasado revolucionario..

Elementos y planteamientos que se hicieron durante el período revolucionario, son ahora contradichos. Por ejemplo, apareció en la época inmediatamente anterior a la Revolución Cultural una canción que se llama el Este Rojo, y que dice: “en el Este sale el sol, en China nace Mao Tse-tung”; pues bien, en una de estas películas hay un personaje que dice: “en el Este nace el sol, pero se pone en el Oeste; después del invierno, viene la primavera”.

Recordemos la frase con que Mao proclamó el surgimiento de la República Popular China: “el pueblo chino se ha puesto de pie”. Hay una película sobre la Guerra del Opio en donde, al comienzo, una voz dice: “Para que un pueblo pueda reflexionar válidamente sobre su historia y pueda sacar lecciones de ella, debe haberse puesto verdaderamente de pie”.

Otro caso: en uno de sus textos, Mao plantea su teoría de la contradicción y dice que es la esencia y motor de todas las cosas y que en todo hay una lucha de contrarios. En otra de esas películas, va una señora por ahí con su marido, por la calle, una señora que es la chismosa del barrio, la que se mete en las vidas de todo el mundo, y le va contando a su marido que la esposa del gerente de la empresa tiene un amante y que ella se lo va a hacer saber; el marido dice que no lo haga porque va a crear problemas; entonces ella le dice: “no importa; en el mundo todo tiene sus contradicciones”, y lanza una carcajada burlona.

Para mostrar mejor la situación de la China de hoy, para mostrar su verdadero carácter, —porque nos importa entender qué clase de sociedad es ese país en la actualidad y de qué lado se encuentra, porque no podemos caer en la posición de un expresidente de la Asociación de Amistad Colombo-China, que planteaba: “nosotros no somos amigos ni de la China de Mao, ni de la China socialista, ni de la China capitalista, sino de la China eterna, de la China inmortal”—, leo unas informaciones que han aparecido en diversos medios de comunicación, algunos de ellos de la propia China, muy pocas para no quedarnos en datos y datos:

* En el campo chino de hoy, la tasa de suicidios es 3 veces más alta que el promedio mundial, pero la de las mujeres es 5 veces más alta.

* En este momento, las mujeres chinas constituyen el 71% de los desempleados que hay en China, en donde se pierden cada año entre 300 y 500 mil empleos, mientras en la época de Mao estaba garantizado el pleno empleo.

* En el mercado de la ciudad de Sian han raptado a muchísimas mujeres, y lo mismo pasa en otros mercados, estaciones de trenes y de buses y otros sitios públicos en todo el país; esas mujeres son vendidas a hombres adinerados como esposas. En el campo, se pagan 250 a 500 yuanes por una joven.

* Una noticia de prensa anunciaba: se privatizó el Banco de China, que era el mayor banco estatal; y eso es como aquí privatizar el Banco de la República, el

que emite la moneda, el encargado de manejar todo el sistema de crédito interno en el campo, etc. Igualmente, el Banco Agrícola de China se ha transformado de banco estatal en banco comercial privado.

* En el campo, como lo muestran las mencionadas películas, han aparecido de nuevo los usureros, los empresarios privados que compiten entre sí por aplicar la consigna oficial del gobierno chino actual, que es: “enriquecerse”, y a la cual agrega: “enriquecerse unos primero que otros”. ¿Por qué?, ¿cómo es posible todo esto?, ¿cómo llegaron al poder estos seguidores del camino capitalista?

En realidad no llegaron al poder sino que ya hacían parte del Partido que estaba en el poder y después de la muerte de Mao hubo un golpe de Estado militar mediante el cual, no solamente consolidaron completamente el poder que tenían, sino que eliminaron de las instancias de poder del Estado y de las instancias del Partido a los seguidores de la línea de Mao. Eso nos lleva a reflexionar sobre la causas:

La burguesía seguía teniendo fuerza dentro de China y dentro del Partido; y ésta no había logrado ser eliminada por la Revolución Cultural. Además durante esta revolución hubo una peculiaridad con el Ejército: no hubo revolución cultural dentro del Ejército; sí hubo transformaciones y lucha ideológica, pero no revolución cultural, por diversas razones, entre ellas las necesidades derivadas del ataque militar que había lanzado la URSS contra China en la zona fronteriza, los ataques de la India, las amenazas del imperialismo norteamericano. No hubo revolución cultural en el EPL; entonces habría que analizar más a fondo lo que ocurrió, porque no se sabe con claridad cuál era el pensamiento de Mao al respecto, cuáles eran las circunstancias. De todas maneras, China continuaba estando cercada por el imperialismo, por el mercado mundial, por muchos otros factores generadores de relaciones capitalistas.

Entonces, hay causas internas y externas que dan instrumentos de análisis para tratar de entender por qué cayó la revolución. En medio de la Revolución Cultural, en el año 74, Teng Xiao-ping había regresado al poder, o sea que tenía fuerza, hasta el punto de que el sector maoísta tuvo que aceptar que volviera a asumir cargos dirigentes dentro del Partido. Fue separado de nuevo después de los hechos que se dieron en una celebración en la plaza de Tien An Men, en un “homenaje” a Chou En-lai; pero luego, con el golpe de Estado, regresó. La persona que lo dirigió el golpe, que tomó el poder públicamente con el golpe, Jua Kuo-feng, ya había sido nombrado antes en cargos públicos, incluso designado como sucesor de Mao. Jua desapareció rápidamente; hoy nadie habla de él porque fue un simple instrumento utilizado por Teng Xiao-ping y los demás.

Una de las primeras medidas que se tomaron después del derrocamiento de la línea de Mao fue la eliminación en la práctica, en la realidad, de las Comunas Populares —porque su desaparición no ha ocurrido jurídicamente, pero sí en la práctica—. ¿De qué manera? Arrendando las tierras de las comunas a quien las pueda pagar, sea para construir casas —y hay mansiones gigantescas, con sirvientes—, sea para desarrollar la agricultura; vendiendo la maquinaria agrícola en propiedad privada para el que tenga con qué pagarla. Entonces hay quienes

toman en arriendo la tierra, compran los tractores, contratan a los más pobres y los ponen a trabajar para ellos por un salario.

En las tierras que siguen en manos de la comuna y que no han sido arrendadas todavía, el trabajo no está organizado ahora por equipos y brigadas de producción, que eran los dos niveles con que se realizaba el trabajo cotidiano en las comunas, sino que se han entregado para la producción bajo responsabilidad familiar, o sea, a cada familia se le entrega cierta cantidad de hectáreas, o de mu, de tierra, aunque no en propiedad privada; se le entregan para que se responsabilice de la producción de ellas. Debe pagar un impuesto, debe pagar el arriendo de la tierra que se le entrega y puede conservar el resto de las ganancias. Esto ha llevado a un proceso amplio de inversión de las relaciones sociales. Una película lo muestra: en una aldea hay un señor que ha arrendado la tierra y tiene unos grandes huertos de manzana; el maestro de la escuela también tiene los suyos, aunque más pequeños; y el maestro ahí, sudando la gota gorda con su mujer y su familia porque él es el responsable de que produzcan esas tierras, y se pregunta: “¿por qué antes los estudiantes venían a apoyar a sus maestros y a participar en el trabajo y ahora no?”; y alguien le responde: “se trata de una circunstancia distinta, ahora los jóvenes trabajadores ganan sueldo y entonces los estudiantes van a trabajar donde ese señor que es el que paga los mejores salarios”.

En las condiciones actuales del campo, la ganancia es mayor en las actividades de cría de animales: cerdos, patos, gallinas, peces, etc., lo cual ha desequilibrado la producción a favor de estos renglones, con detrimento de la producción de granos, trayendo de nuevo el fantasma del desabastecimiento alimenticio, que se había superado desde el Gran Salto Adelante, y obligando a la importación de estos productos.

Para los grandes obras de infraestructura en el campo, muchas de las cuales no han podido continuarse realizando, es necesario ahora reclutar mano de obra asalariada, que existe en abundancia porque en la actualidad hay muchos campesinos que no pueden vivir solamente de la tierra. Se han eliminado entonces las formas de trabajo voluntario y gratuito para la sociedad, es decir, las formas de trabajo comunista. Esta situación ha llevado a que aun el Banco Mundial reconozca el acelerado crecimiento de la “desigualdad” en el campo chino.

Se han suprimido los médicos descalzos y el servicio médico cooperativo. Ahora la medicina es privada, aunque todavía relativamente barata.

Se han reestablecido en las universidades y demás instituciones educativas los antiguos sistemas de admisión y de evaluación, así como los antiguos programas.

Se han introducido de nuevo, tanto en el campo como en las empresas, los incentivos materiales y el sistema de dirección única. Se han eliminado los Comités Revolucionarios y ahora se nombran de nuevo directores de responsabilidad personal para cada empresa, directores de fábrica, directores de cada institución, cada uno responsable de sus pérdidas y ganancias; y si la

producción da pérdidas continuadas, entonces la empresa debe liquidarse y desaparecer, así sea una rama fundamental de la producción.

Se han extendido de nuevo por todo el país los mercados privados; ya no hay un mercado regulado y por lo tanto se da un aumento muy grande de los precios de los productos, que mucha gente ya no puede comprar.

Además, se avanza en el proceso de liberación de importaciones, lo cual ha redundado en una pequeña baja en los precios, pero, al mismo tiempo, se ha producido una enorme pérdida de empleos. En las empresas relacionadas con 25 productos sobre los cuales se han realizado estudios, se han perdido ya más de 11 millones de empleos, la tercera parte de su fuerza de trabajo, la mayor parte de ellos, el 85%, en el campo. Por otra parte, de los 446 millones de trabajadores rurales, sólo alrededor de 308 millones tienen pleno empleo, los demás son trabajadores de tiempo parcial. A esto se agrega que más de la mitad de las exportaciones chinas está ahora en manos de empresas extranjeras.

Un fenómeno que se ve en las nuevas películas chinas y que también la prensa ha venido mostrando, es el de las calles de las grandes ciudades asfixiadas por los vendedores ambulantes, señal clara del desempleo, de la migración de los campesinos a la ciudad y de la atomización de la economía.

En las ciudades ya hay grandes propietarios de empresas; y propietarios de bancos privados, porque la propiedad de éstos es libre; quien quiera puede comprar o fundar un banco, también pueden hacerlo los capitalistas extranjeros.

En este momento, la inversión extranjera en China efectuada por más de 300.000 corporaciones es de 270.000 millones de dólares, siendo un componente esencial de sector privado, que comprende aproximadamente la tercera parte de la actual economía china.

Hay zonas especiales, en especial en la costa, que se han abierto al capital extranjero y en las cuales no rige la legislación laboral china; allí no hay las garantías que están consagradas todavía en la ley para el resto de los trabajadores del país.

Es decir, si miramos de conjunto toda esta situación, es claro que asistimos a un vigoroso y amplio proceso de restauración capitalista.

Retomando las palabras del poema de Mao:

¡¡A China ha regresado el dios de la peste!!



La extraordinaria lucha de clases en el campo de la vieja China está vivamente plasmada en la exposición de figuras de arcilla, de tamaño natural, exhibidas en el mismo patio donde cobraba sus rentas Liu Wen-tsai, tiránico terrateniente. La escultura en la foto muestra un campesino enfermo entregando su cosecha al terrateniente

Epílogo



El proletariado vencerá

¿Qué queda, entonces, de la Gran Revolución Cultural que se realizó bajo la dirección de Mao?

Queda, por un lado, un gran desarrollo en la experiencia de la revolución en el mundo y un desarrollo teórico para entender los fenómenos que ocurren después de que se ha tomado el poder y se está construyendo un país socialista, queda también la claridad de que es necesario igualmente transformar las ideas y dar la pelea en el campo de la cultura si se quieren obtener unos resultados estables y duraderos.

Por otra parte, en China, a pesar de los 23 años de restauración, todavía perviven esas ideas en el pueblo; aunque la propaganda oficial quiere respaldar la concepción de que la línea para la modernización y el avance de China es la que se ha seguido en los últimos años, no puede ocultar que sigue habiendo en el interior de China una confrontación; es decir, que lo que ha ocurrido es que esa línea burguesa ha tomado el poder, ha tomado preponderancia, pero no ha eliminado ni borrado en la gente los resultados de la lucha revolucionaria. Muchas cosas no se han eliminado; es significativo que jurídicamente no se haya abolido la comuna popular, aunque se ha ido desmontando poco a poco desde su

interior. Entonces uno alcanza a ver detrás de toda esa propaganda que en las aldeas o en las grandes ciudades hay una confrontación de líneas, de orientaciones, de ideas, que no ha terminado. Como diría Mao: todavía no se ha resuelto el problema de quién vencerá a quién, si la burguesía o el proletariado.

ALGUNOS TEXTOS SOBRE LA CHINA PRERREVOLUCIONARIA

Pearl S. Buck:

La Madre. Círculo de Lectores, Barcelona, 1969.

pp. 12:

La madre cogió dos escudillas pequeñas de hojalata y dos pares de palillos de bambú y llenó una a la niña primero, porque seguía llorando y frotándose los ojos. La niña estaba sentada en el polvo de la era y, con las lágrimas y las sucias manecitas, habíase embadurnado la cara. La madre la puso en pie y le limpió un poco la cara con la palma de su áspera mano oscura. Luego, levantando el borde del remendado vestido que la pequeña llevaba, le secó los ojos. Pero lo hizo suavemente, pues los ojos de la niña estaban enrojecidos e irritados y tenía los bordes de los párpados en carne viva; cuando la hija volvió la cabeza, encogiéndose y gimoteando, la madre se apiadó, sintiéndose turbada por el dolor de la pequeña.

Dejó la escudilla sobre una burda mesa sin pintar, colocada junto a la puerta de la casa, por la parte de afuera, y habló a la niña con voz fuerte y bondadosa.

—Come, come.

La niña anduvo, vacilante, y se agarró a la mesa, entornando los enrojecidos párpados para protegerse del sol de la tarde y alargó la mano hacia la escudilla.

—¡Ten cuidado! ¡Está caliente! —gritó la madre.

La niña vaciló y empezó a soplar sobre la comida para enfriarla, pero la madre seguía mirándola, turbada aún, murmurando para sí misma: "Cuando el hombre lleve la próxima carga de paja de arroz a la ciudad, le pediré que vaya a una botica y compre unguento para los ojos irritados."

pp. 36-37:

Pero allí estaba el hombre. Para él no había cambio en el tiempo ni esperanza de nada nuevo. Ni siquiera en la llegada de los hijos, que su esposa tanto amaba, había nada nuevo, pues para él todos nacían igual y uno era igual que el otro y todos tenían que ser vestidos y alimentados, cuando fueran mayores tendrían que casarse a su vez y volverían a nacer hijos y todo era lo mismo, todos los días siempre iguales, y no había nada nuevo.

En aquella pequeña aldea había nacido él, y excepto cuando iba a la ciudad, que se encontraba tras una curva de la colina junto al río jamás había visto nada nuevo, ninguno de los días que había vivido. Cuando se levantaba por la mañana, allí estaba aquel círculo de bajas colinas redondas, colocadas contra el mismo cielo, y él trabajaba hasta la misma noche; y, cuando la noche llegaba, aquellas colinas seguían coloradas contra aquel cielo, y él entraba en la casa en que había

nacido y dormía en la misma cama en que había dormido con sus propios padres hasta que fue vergonzoso que lo siguiera haciendo, y sus padres mandaron preparar un jergón para él.

Sí, ahora él dormía allí, en la cama con su propia mujer y sus hijos, y su vieja madre dormía en el jergón; y era la misma cama y la misma casa e incluso no había nada nuevo en la casa, excepto las pequeñas cosas que se compraron cuando su boda: una nueva tetera, el cobertor azul para la cama, nuevas telas y un nuevo dios de papel en la pared.

Era un dios de la abundancia y parecía como un alegre anciano, vestido de rojo, azul y amarillo, pero jamás llevó la abundancia a aquella casa. No. El hombre miraba a menudo al dios y lo maldecía en su corazón, porque seguía contemplando alegremente, desde la pared de tierra, la pobre habitación, que seguía siendo tan pobre como siempre.

Algunas veces, cuando el hombre regresaba a su casa después de un día de fiesta en la ciudad o había pasado un día lluvioso en la pequeña posada y jugado un rato con los demás, cuando volvía junto a su esposa que le daba hijos para alimentar, por los cuales él tenía que trabajar, pensaba, con terror, que mientras viviera no habría para él sino aquello, levantarse por la mañana e ir a aquella tierra de la que sólo poseían una pequeña parte, tomando otra en arriendo de un terrateniente, que llevaba una vida placentera en alguna lejana ciudad; pasar el día en aquella tierra arrendada como su padre había hecho antes que él; regresar a la casa para comer la pobre comida de siempre y nunca lo mejor que la tierra daba, pues lo mejor había que venderlo para que lo comieran otros; dormir y levantarse al siguiente día para repetir lo mismo. Ni siquiera las cosechas eran suyas, pues debía medir una parte para aquel terrateniente y dar otra al hombre de la ciudad, que era el agente del terrateniente. Cuando pensaba en aquel agente, no podía soportarlo, pues aquel hombre era como a él le hubiera gustado ser. Vestía suave seda y su piel era blanca y tenía aquella mirada propia de los hombres de la ciudad, que trabajaban en alguna pequeña tarea y están bien alimentados.



Pearl S. Buck:

La Buena Tierra. 3ª. ed. Juventud, Barcelona, 1952.

pp. 18-19:

Aunque era la primera vez que había entrado en una gran casa, después no podía acordarse de nada. Con la cara ardiendo y la cabeza inclinada, atravesó patio tras patio, oyendo los gritos del guardián precediéndole, escuchando el retañir de risas por todos lados. Y, de pronto, cuando le parecía que había atravesado cien estancias, el guardián lo empujó a un saloncito de espera y desapareció hacia alguna habitación interior, regresando al cabo de un momento para anunciar:

—La Venerable Señora dice que puedes aparecer ante ella.

Wang Lung dio un paso hacia adelante, pero el guardián le gritó con enojo:

—¡No puedes presentarte ante una gran señora con ese cesto al brazo! ¡Un cesto lleno de cerdo y requesón! ¿Cómo vas a hacer la reverencia?

Pero no se atrevía a dejar el cesto en el suelo, por miedo a que le robasen algo. Wang Lung no podía comprender que todo el mundo no deseara cosas tan exquisitas como dos libras de cerdo, seis onzas de buey y un pequeño pescado de pantano.

El guardián vio su temor, y gritó con desprecio:

—¡En una casa como esta, alimentamos a los perros con esas carnes!

Y, cogiendo el cesto, lo echó detrás de la puerta y empujó a Wang Lung hacia adelante.

Descendieron por una galería larga y angosta, de techo sostenido por columnas delicadamente talladas, y penetraron en un salón cual jamás había visto Wang Lung. Una docena de casas como la suya se hubieran perdido en él, tanta capacidad tenía, y tanta altura. Levantando la cabeza para contemplar las vigas talladas, pintadas, tropezó en el umbral de la puerta, y se hubiera caído si el guardián no lo hubiera cogido por un brazo, exclamando:

—Bueno, a ver si sabrás hacer la reverencia ante la Venerable Señora.

Y Wang Lung, volviendo en sí, y muy avergonzado, miró adelante, y en el centro de la habitación, sobre un estrado, vio a una señora muy vieja, pequeña y fina, vestida de satén gris muy brillante; a su lado, en una banqueta baja, quemaba, sobre la lamparilla, una pipa de opio. La señora miró a Wang Lung con sus ojillos negros, penetrantes, tan vivos y hundidos en el rostro delgado y lleno de arrugas como los de un simio. La piel de la mano que sujetaba el extremo de la pipa aparecía tirante sobre los huesos menudos, lisa y amarillenta como el oro de un ídolo. Wang Lung cayó de rodillas y golpeó con la cabeza el suelo embaldosado.

—Levántalo — dijo gravemente la señora al guardián —. Estas reverencias no son necesarias. ¿Ha venido a buscar la mujer?

—Sí, Venerable Señora — replicó el guardián.

—¿Y por qué no habla? — preguntó la dama.

—Porque es un imbécil, Venerable Señora — respondió el guardián, retorciéndose los pelos del lunar.

Estas palabras despertaron a Wang Lung, que miró al guardián con indignación.

—Soy solamente un rústico, Alta y Venerable Señora — dijo —, y no sé qué palabras emplear ante vuestra presencia.

La señora se le quedó mirando con intensa gravedad; hizo como si fuera a hablar, pero su mano se cerró sobre la pipa, que una esclava había estado atendiendo, y pareció olvidarlo. Se inclinó un poco, fumando con glotonería durante unos momentos; la viveza desapareció de sus ojos y una niebla de olvido se extendió sobre ellos. Wang Lung permaneció de pie ante ella, hasta que su mirada lo advirtió de nuevo.

— ¿Qué hace aquí este hombre? — preguntó la señora con un enfado súbito.

Diríase que se había olvidado de todo. El guardián no decía nada y su rostro continuaba impasible.

—Estoy esperando la mujer, Alta Señora —dijo Wang Lung, asombrado.

—¡La mujer! ¿Qué mujer?... — comenzó a decir la señora, pero la esclava se inclinó y le dijo algo que la hizo recordar —¡Ah, sí! Me había olvidado... Una nimiedad... Vienes por la esclava llamada O-lan. Recuerdo ahora que se la habíamos prometido en matrimonio a un labrador. ¿Eres tú?

—Yo soy — replicó Wang Lung.

—Llama a O-lan en seguida — ordenó la señora a la esclava.

Parecía, de pronto, impaciente por concluir aquel asunto y porque la dejaran sola con su pipa de opio en la quietud del salón.

La esclava regresó trayendo de la mano a una figura cuadrada, bastante alta, vestida con pantalones y casaca de algodón azul, muy limpia. Wang Lung le dio una ojeada rápida y en seguida miró a otro sitio. El corazón le palpitaba aceleradamente. ¡Ésta era su mujer!

—Ven aquí, esclava — dijo la señora con ligereza —. Este hombre ha venido a buscarte.

pp. 65 y 73-74:

Parecía como si los dioses, habiendo abandonado a un hombre, no se acordasen más de él.

Las lluvias que debían haber caído en los comienzos del verano, no cayeron, y día tras día el cielo brillaba con fresco y cruel resplandor. La tierra apergaminada y sedienta tenía sin cuidado a los dioses. Y de aurora a aurora no se veía una nube. Por las noches las estrellas se destacaban en el cielo impoluto con una belleza dorada y perversa.

Los campos, pese a que Wang Lung los cultivaba con desesperación, se resecan y abrían, y el trigo tierno que había brotado valientemente al llegar la primavera y se había preparado a granar, al ver que nada le llegaba de la tierra ni del cielo, cesó de crecer, permaneció al principio quieto bajo el sol, y luego empezó a disminuir y amarillear, quedando convertido en una cosecha estéril. Los lechos de arroz que Wang Lung sembrara eran como cuadriláteros de jaspe en la tierra morena. Día tras día los regaba, desde que diera el trigo por perdido; cargaba el agua en dos pesados cubos de madera, colocados en los extremos de una pértiga que él llevaba sobre las espaldas. Pero por más que abrió un surco en

su carne y se formó en ella una callosidad tan grande como una escudilla, la lluvia no hizo aparición alguna.

Al fin el agua del estanque se secó, formando un cuajarón de greda, y hasta el agua del pozo bajó tanto que O-lan dijo:

—Si los niños han de beber y el viejo ha de tener su agua caliente, las plantas habrán de secarse.

Wang Lung le contestó con rabia que se quebró en un sollozo:

—¡Bueno, y si las plantas se mueren, también ellos tendrán que morirse!

Era cierto que dependían enteramente de la tierra.

[...]

Ahora ninguno de ellos se levantaba apenas del lecho. No tenían para qué, y un sueño soporífero substituía, de momento al menos, el alimento que les faltaba. Las mazorcas de maíz las habían puesto a secar y se las habían comido; y la corteza de los árboles la raspaban y se la comían. En toda la comarca la gente arrancaba cuanta hierba podía encontrar en las peladas colinas, y de aquellas hierbas se alimentaban. No se veía un solo animal en parte alguna.

Los vientres de los chiquillos estaban hinchados de aire, y en aquellos días nadie veía a un niño jugando en las calles del pueblo. A lo más, los dos chicos de Wang Lung se deslizaban hasta la puerta, y se sentaban al sol, aquel sol cruel que no cesaba de brillar. Sus cuerpecillos, antes suaves y redondos, eran ahora angulares y huesudos. La niña ni siquiera se sentaba sola, aunque ya tenía edad para ello, sino que permanecía echada, sin quejarse, hora tras hora, envuelta en una colcha vieja. Al principio la cólera insistente de su llanto había llenado la casa, pero había acabado por callarse, chupando débilmente lo que se le pusiera en la boca. Su pequeño rostro consumido se alzaba hacia todos ellos; labios hundidos y amoratados como la boca desdentada de una viejecita, y ojos apagados e inexpresivos.

Un día, el anciano exclamó con su vieja voz:

—Ha habido tiempos peores que estos. Una vez vi a los hombres y mujeres comer niños.



Jan Myrdal:

Una aldea de China Popular. Seix Barral, Barcelona, 1969.

Los hombres:

pp. 107-108:

Nosotros somos del *hsien* de Hengshan. Siempre hemos sido campesinos. Pero no poseíamos la tierra. Durante tres generaciones. alquilamos la misma tierra. Eran 120 mu. El nombre del terrateniente era Wang Ting-tung. Cuando era niño, yo trabajaba en casa. Cuando cumplí catorce años, me fui como pastor de Wang Ting-tung. Había noventa ovejas en el rebaño y un pastor y un ayudante para cuidar de ellas. No me pagaban, pero me daban de comer. Tres veces al día, cocido de mijo y pan de mijo glutinoso. El pastor era paralítico de una pierna. El señor de las tierras vivía en la ciudad, tenía varias casas y cuevas de piedra. Nosotros teníamos una cueva de tierra corriente.

Los señores feudales no comían como nosotros. Jamás movían el cuerpo, pero comían carne y verdura todos los días. Había siete u ocho personas en la familia de Wang Ting-tung. Era de una avaricia exagerada. Había que entregarle hasta la última moneda. Era duro. Si la gente no podía pagar, los castigaba. No les pegaba, pero les amenazaba y les insultaba y les quitaba sus tierras y sus bienes. Cuando tuve dieciocho años, empecé a trabajar con mi padre en nuestros campos. La gente odiaba a los terratenientes, pero no había otra salida. «Mientras tengamos para comer cada día, podemos estar contentos», decían. «Hay que hacer lo que decidan los señores, ellos son los propietarios de la tierra y de los bueyes», decían. A Wang lo llamaban Wang el Amenazador. Casi eran las mismas palabras en nuestro dialecto: Wang Peng-tou y Wang Ting-tung. Todo el mundo le debía dinero y, mientras se le debía, no podía uno marcharse del pueblo para ir a casa de otro terrateniente que tal vez ofreciera mejores condiciones.

Cada año aumentaba el alquiler. En 1928 —que fue para nosotros un año normal con una cosecha no excesivamente mala—, el alquiler era de 13 kin por mu. En 1929, 15 kin por mu. En 1930, 18 kin por mu. En 1931, 21 kin por mu. Ese año no pudimos pagar el alquiler. Debíamos, pues, 600 kin. Sin embargo, fue un año normal, la cosecha no había sido mala, pero había tantas bocas que alimentar en la familia y la aparcería era tan cara que no logramos salir adelante. Entonces Wang Ting-tung nos dijo: «Tenéis que pagar vuestra deuda antes de ir a otra parte».

Si se suma todo lo que mi abuelo, mi padre y yo le pagamos al propietario por aquellos 120 mu que tuvimos alquilados durante tres generaciones, se llega a un número incalculable de kin. Los señores se comían el trabajo del pueblo. Yo mismo trabajé desde que tengo memoria. Cuando era chico, iba con mi madre a coger la hierba para los animales, aprendí a sudar desde mi más tierna infancia. Después nos vimos obligados a abandonar la tierra, pero no podíamos irnos a otro sitio, porque aún debíamos 600 kin.

pp. 170-171:

Soy de Hengshan. Mi familia vivió allí desde siempre, pero ya hacía varias generaciones que no teníamos tierras para alimentarnos. Teníamos tan sólo 10 mu y mi padre trabajaba como jornalero en casa de diversos propietarios. Nuestra tierra no era buena, se encontraba en lo alto, en las faldas de la montaña; éramos cinco hermanos. La vida era dura y, a los doce años, tuve que empezar a ganarme el alimento.

En enero de 1930, me puse a trabajar en casa de un propietario que se llamaba Wang Kou-ho. Iba a darme dos «rosarios de tsien» al año, esto es, de enero a octubre, según el calendario lunar. El propietario me despertaba cuando cantaba el gallo. Tenía que cargar el agua y los excrementos. Tuve que hacer de todo. Un día de verano, en la época en que maduraban los melones, se me cayó uno al suelo y se partió. Fue un mero accidente, pero Wang Kou-ho, furioso, cogió su azada y me dio un golpe en la cabeza. Aún puedes ver la cicatriz. Me quedé tendido en el suelo sin conocimiento y, cuando volví a recobrarlo, ya era casi de noche. Estaba todo lleno de sangre y el propietario me había dejado sencillamente en el lugar donde había caído. Nadie sabe cómo sufrieron los pobres. Yo tenía doce años y no poseía ni un pantalón para ponerme y el propietario me pegaba. Me pegaba con frecuencia. Todo era culpa mía. A menudo me pegaba cinco o seis veces al día. Era un propietario rico, tendría al menos 600 mu, tanto en el valle como en la montaña.

Un día Wang Kou-ho me llevó con él a ver las ovejas. Era en pleno verano y hacía mucho calor. Caminamos cerca de 8 li. A la hora de almorzar, me volvió a enviar al pueblo para que trajese la comida. Pero primero me quitó las alpargatas, orinó dentro de ellas y dijo: «Tienes que estar de vuelta antes de que se haya secado mi orina.» Hacía calor y tuve que correr descalzo por la arena. Hacía esto para que fuera más de prisa y no me parase por el camino a descansar. Corrí tanto como pude, pero cuando regresé, la orina del propietario se había secado porque el sol pegaba fuerte, y entonces Wang Kou-ho me golpeó después de haber comido. No tenía más que doce años.

Al año siguiente, cuando tenía trece años, trabajé por cuenta de un terrateniente que se llamaba Chou Kuan-yü. Hacía de pastor. Esto era más soportable. Sólo me pegaron cuatro veces durante el año. Pero me daban bofetones. Al año siguiente, me fui a casa de un propietario que se llamaba Li Teh-chen. Era un buen hombre y, en su casa, yo llevaba las ovejas a los pastos y, un día por semana, trabajaba en el campo. Entretanto, iba creciendo. Pero su hijo no era como él: tenía veinticinco años y en cuanto su padre volvía la espalda, me pegaba. Pero yo trataba de mantenerme apartado y de estar siempre a la vista de Li Teh-chen. Porque mientras él me veía, no me pegaban. Aquel año fue el último en que me pegaron.

Cuando tuve quince años, fui mozo en casa de un terrateniente que se llamaba Mao Ko-jen. Al año siguiente, trabajé en casa de Shou Huei-chen. Ahora era un trabajador de pleno rendimiento y trabajaba mucho. Es lo que se hace.

Cuando tenía veinte años, hubo la gran epidemia de hambre. Era en 1928. Uno de mis hermanos murió. Yo, mi padre y mis tres hermanos pequeños nos

mudamos al Shensi. Allí se vivía mejor. Vendimos a mis dos hermanos menores. Tuvimos que hacerlo para poder subsistir. Nos dieron 28 dólares de plata por uno y 20 por el otro. No sé a dónde fueron. Jamás volví a oír hablar de ellos. No quedábamos más que mi padre y yo y mi hermano más joven, Ching Chung-wan. Ahora también vive en Liu Ling. Caí enfermo, pero logré sobrevivir y al cabo de dos años, volvimos a Hengshan

Las mujeres

pp. 269-270:

Soy del hsien de Hengshan. Nuestra familia era pobre y, cuando tenía dieciséis años, me casaron con un vendedor ambulante que también era estañador y que me llevó al Hopei. Se puso a fumar opio y dejó de ocuparse de la tierra. También la perdió. Entonces empezó a ir por los pueblos reparando cacerolas. A veces estaba ausente durante largos períodos. Yo mantenía nuestra casa en el hsien de Wuan. No sé lo que le costaba el opio, pero cada vez me daba menos dinero hasta que ya no me dio nada. Como yo no quería que mi hija y yo nos muriéramos de hambre, me coloqué en casa de un cultivador que se llamaba Sung. Era un cultivador mediano con tierra propia. Trabajé allí cuatro meses. No me pagaban, pero nos daban la comida a mi hija y a mí.

Un día, cuando tenía veinte años, mi marido me vendió. Un día vino a buscarnos a mí y a mi hija, y nos llevó a casa de un mercader de esclavos que se llamaba Yang. Mi marido nos vendió para tener dinero y poder pagar el opio. No lo he vuelto a ver desde entonces. Hace unos años, oí decir que había muerto. Estuve dos días en casa del mercader de esclavos Yang, y luego me volvió a vender. Me vendió, al igual que a mi hija, por 220 dólares de plata a un cultivador que se llamaba He Nung-kung.

Era muy desgraciada. El señor He era un viejo. Tenía veintitrés años más que yo. No nos queríamos. Pero era amable. No me maltrató nunca, ni él ni su familia. En el fondo, era un buen hombre. Tenía su vida aparte y no vivía con su familia. Le di un hijo, de manera que todos eran amables conmigo.

Luego cayó enfermo y murió. Yo tenía entonces treinta y cinco años. Tenía una hija y un hijo. Uno de cada matrimonio. He Nung-kung murió el 29 de abril según el calendario lunar. Era durante la guerra. Fue en 1944. El mes de enero del año siguiente, le di una hija. Murió a los siete años. Estaba encinta cuando murió, de tal manera que no pudieron casarme en seguida con otro.

Era viuda y era una carga para el pueblo. El señor feudal quería casarme. Los parientes de mi marido, es decir, los parientes del señor He, también querían casarme para quedarse con la casa y con mis hijos. Había un hombre en el pueblo que quería comprarme. No sé cómo se habían puesto de acuerdo y no sé quién era. Pero yo ya no quería. Sólo deseaba quedarme con mis hijos. Para evitar ese nuevo matrimonio, mentí y dije que ya tenía cuarenta y un años. Entonces él pensó que ya no podía tener hijos y ya no quiso comprarme. Es lo que yo esperaba, me dejaron tranquila.

pp. 272-274:

Cuando yo era pequeña, la vida era dura. Mi padre era terrible. Jugaba y bebía. Los niños teníamos que ir a coger plantas salvajes y raíces. Cuando las desenterraban, me decían: «Qué pasa, tu padre ha vuelto a perder en el juego» Siempre jugaba a los dados. Yo no sé cómo se hace. Nunca he querido probarlo. Cuando lo había perdido todo, volvía a casa y pegaba a mi madre. Entonces estaba furioso y todos teníamos mucho miedo. Tratábamos de escondernos. Una vez dijo: «Soy un incapaz. No consigo manteneros». Luego, cogió una cuerda y quería colgarme. Entonces nos pusimos a gritar: «¡No nos cuelgues, padre! Podemos trabajar y ayudarte a mantener la familia.» Bebía mucho y cuando volvía a casa era peligroso. Pero si había bebido demasiado, lo único que hacía era caerse al suelo y era tan ridículo que todo el mundo se reía de él. Cuando se hizo más viejo, hasta sus nietos se reían de él.

Cuando era muy pequeña, me vendaron los pies. Luego mi madre dijo: «Esta niña tiene los pies muy grandes y muy feos, a pesar de que se los vendamos cuando era muy pequeña.» Dolía mucho cuando a uno le vendaban los pies. Era como si alguien le pinchara muy fuerte todo el rato. Pero había que caminar. Ahora soy vieja, pero sigo siendo fuerte, tengo buena vista y ya no siento nada en los pies, aunque me los vendaron cuando eran así de pequeños.

Mi madre cogía una tira larga de tela y apretaba los pies tanto como podía. Siempre era mi madre la que lo hacía. Debe ser agradable y suave caminar sobre unos pies grandes. Pero también se acostumbra una a los pies pequeños. Cuando fui mayor y me enteré de que las chicas también podían tener los pies grandes, pensé que debía ser una cosa muy agradable. Mi hermana pequeña, que ahora tiene cuarenta años, tiene los pies grandes y el pelo corto. Cuando ella era pequeña, se empezó a admitir que las muchachas pudiesen tener los pies grandes. Recuerdo que mi madre decía: «Es una suerte no tener que venderle los pies. Vuestra hermana pequeña sí que ha tenido suerte.» Es mucho más joven que yo y por eso ha tenido una vida mejor.

Cuando tenía dieciséis años, me casaron con una familia más pobre que la nuestra. Fue mi madre la que lo decidió. Yo tenía que casarme con el que mi madre había escogido. Mi padre no tenía ninguna autoridad en este asunto. Me fui a vivir con la otra familia. La vida fue más amarga. Tuvimos que vivir de patatas y melones, y me dolía el estómago. Es amargo ser la nuera. Los primeros tiempos, lloraba en todas las comidas. Probé todos los sufrimientos. Poco a poco, sin embargo, mis suegros fueron más amables conmigo. Pero, en todas las comidas, mi suegro y mi suegra tenían que comer los primeros y yo tenía que comer la última.

Éramos jornaleros en casa de un terrateniente y, algunos años, tuvimos que comer lo que comían los animales. Incluso comíamos hierbas. Estuve encinta ocho veces durante este matrimonio. Cuatro murieron. Los tres primeros eran chicos. Sobrevivieron. El cuarto y el quinto también fueron varones. Murieron hacia la edad de cuatro años. Mi marido lloró mucho y sintió una gran pena cuando murió el quinto. Se echaba a llorar cada vez que se hablaba de él. Pero después tuve el sexto, que también fue un chico y entonces se sintió feliz. El

sexto sobrevivió. El séptimo y el octavo fueron abortos. Los dos abortos quizá eran niñas. Me hubiera gustado tener al menos una niña. Pero, después de los abortos, no vino nada más.

Una hija está mucho más cerca de su madre que una nuera de su suegra. Pero no he tenido hijas. Ahora es demasiado tarde.

Mis suegros murieron en 1929. Más tarde, fuimos a Paoan para colocarnos en casa de un terrateniente, pero mi marido murió cinco días después de llegar. Mi hijo mayor tenía entonces trece años y el menor, ocho. No teníamos a dónde ir y entonces nos quedamos en Paoan y los dos mayores empezaron a trabajar de pastores para ayudarme a mantener la familia. Yo trabajaba en el campo y la vida era muy dura. Los ricos tenían tanta comida como querían. Comían lo que querían y se alimentaban de trigo. Pero nosotros no teníamos nada, éramos pobres. Yo pasé tanto tiempo sin comer que los cabellos se me caían a puñados cuando los tocaba. El tiempo que pasamos en Paoan es el más duro que he conocido. Hacía zapatos para los chicos y tenía que hacerlos por la noche a la luz del fuego del horno. La vida era amarga entonces. Si mi segundo hermano no me hubiera ayudado con un poco de arroz, nos habríamos muerto de hambre.

Agnes Smedley

China en armas. Nuevo Mundo, México, 1944.

pp. 45-46:

En la frontera chino-soviética, en Manchouli, los mozos de cordel soviéticos nos ayudaron a llevar los equipajes. Silenciosamente los conducían a la aduana, donde uno de sus empleados, sentado a una mesa, nos cobró una pequeña suma por cada bulto. No se pedían ni se aceptaban propinas, no había reverencias ni regateos. El sistema nos protegía y preservaba el respeto a sí mismos de los mozos.

Tan pronto como nuestros equipajes fueron sellados, volvimos el rostro para encontrarnos ante la Edad Media. Con el transcurso de los años, no he olvidado nunca la helada expresión que había en el rostro del ferrocarrilero soviético, de ojos oscuros, que estaba de pie, observando a los culíes que se encargaban de nuestro equipaje.

Una horda de éstos, cubierta de harapos, en arrebatía, a gritos, se arrojó sobre nuestras maletas y empezó a reñir por cada pieza. Cinco o seis cayeron sobre mis cuatro maletas y dos luchaban por apoderarse de mi pequeña máquina de escribir —y su conducta parecía todavía más indigna, por el hecho de tratarse de hombres altos y fuertes como los norteamericanos más altos que haya visto. Finalmente, dos de ellos cargaron con mi máquina de escribir, y antes de que pudiera reponerme de la impresión, todos echaron a correr con el equipaje hasta el tren que esperaba. Dentro de él seis hombres se apretujaron sobre mí, tendiendo la mano y pidiendo dinero a gritos. Por un momento quedé paralizada, y luego empecé a pagarles generosamente para deshacerme de ellos. Una de las pasajeras me advertía una y otra vez que si les pagaba con exceso me exigirían

más aún. No le hice caso; luego los culíes se agruparon en torno mío, gritando, cerrando los puños, amenazando.

Un ferrocarrilero chino atravesó por el carro, vio la escena, y con un grito, empezó literalmente a arrojar a puntapiés del pasillo y del tren a los culíes. Agarrando codiciosamente su dinero, echaron a correr como perros.

Me quedé helada. Mi rostro debe haberse parecido al del trabajador soviético de ojos oscuros que había presenciado la escena en la aduana. Acaso sus sentimientos habían sido los que ahora me embargaban: veía allí un trozo de humanidad desamparada. Víctimas de todos los caprichos del infortunio, aquellos hombres habían llegado a la edad madura como animales, sin el más leve sentido de responsabilidad de los unos hacia los otros, o de humana camaradería. Cuando se presentaba alguna oportunidad de ganancia, luchaban entre sí como bestias, y los que perdían no alzaban protesta alguna. Esta era la expresión del "individualismo rampante" y la "supervivencia del más apto" en su forma más cruda.

Esa escena llegó a ser para mí sintomática del sistema social de China, no importa lo disfrazada y encubierta que pudiera aparecer. La vi repetirse en muchos otros escenarios, a menudo más cortésmente pero siempre la misma, esencialmente —una lucha a vida o muerte en la cual el tímido y el débil caían ante el despiadado y el fuerte.





Cronología Básica de la Revolución China

- 1839 —Se inicia la Guerra del Opio contra Inglaterra. Termina en 1842 con el Tratado de Nankín que marca la expansión de la penetración imperialista moderna en China.
- 1850 —Inicia la Revolución campesina de los Taiping con reivindicaciones igualitaristas y contra los aristócratas y los terratenientes. Fundan el Reino Celestial de los Taiping que se sostiene hasta 1864 en Nankín.
- 1856 —Guerra de la Flecha contra occidente; Francia e Inglaterra ocupan Cantón.
- 1871 —Rusia ocupa Ilí, en Sinkiang.
- 1884 —Guerra franco-china. Francia ocupa Anam.
- 1887 —Amoy pasa a manos de Portugal.
- 1894 —Guerra chino-japonesa. A su término en 1895, Japón toma Taiwán y Liaotung (Manchuria).
- 1895 —Levantamiento de Cantón encabezado por Sun Yat-sen.
- 1897 —Rusia ocupa Dairen.
- 1898 —Fracasa el intento de reforma liberal.
- 1899 —Movimiento Yijetuan (llamado en occidente Rebelión de los Boxers) contra la dinastía Ching y por expulsar a las 8 potencias invasoras: Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, Francia, Rusia, Japón, Italia y Austria; los ejércitos de éstas, triunfantes, ocupan Pekín en 1901.
- 1906 —Levantamiento anti-manchú dirigido por la sociedad secreta Ko-Lao-Hui; es derrotado en 1907.
- 1911 —Levantamiento de Wuchang. Cae la dinastía Manchú y se funda la República por el Kuomintang de Sun Yat-sen en 1912.
- 1915 —Yuan Shih-kai se declara emperador. Se aceptan las 21 condiciones del Japón en contra de la soberanía china. Fracaso de la revolución burguesa.
- 1916 —Comienza el período de atomización de China por los Señores de la Guerra en el Norte.
- 1919 —Movimiento del 4 de Mayo en Pekín y 1ª huelga general en Shanghai contra la entrega de los intereses chinos por la burguesía nacional en el Tratado de Versalles; se inicia el período de la Nueva Democracia.
- 1920 —Huelga general de los trabajadores del Ferrocarril de Manchuria. Chen Tu-hsiu crea la Liga de la Juventud Socialista.
- 1921 —Fundación del Partido Comunista Chino.
- 1922 —Huelga de marinos de Hong Kong. Gran huelga de los mineros de Anyuán dirigida por Mao. Primer Congreso Nacional Sindical.
- 1923 —Se inicia la colaboración entre el Partido Comunista, el Komintern y el Kuomintang. Sangrienta represión de la huelga de los trabajadores del Ferrocarril Hankow-Pekín.
- 1924 —Primer Congreso Nacional del Kuomintang.
- 1925 —Movimiento del 30 de mayo en Shanghai, huelga general antiimperialista.
- 1926 —Comienza la Expedición del Norte para unificar a China. Se extiende el movimiento de las Asociaciones Campesinas en Kwantung y Hunán. Salvaje represión del levantamiento de Cantón.
- 1927 —Chiang Kai-shek desata el terror contra los comunistas a partir del golpe de Shanghai. Aniquilamiento de la Comuna de Cantón. Mao Tse-tung encabeza el

Levantamiento de la Cosecha de Otoño en Hunán y reafirma su convicción sobre el papel del campesinado en la revolución. El Levantamiento de Nanchang da origen al Ejército Rojo.

1928 —Se establece la primera base revolucionaria en Kiangsí.

1930 —Primera campaña de cerco y aniquilamiento de Chiang Kai-shek contra las bases de apoyo revolucionarias.

1931 —Se funda la República Soviética China en Kiangsí con Mao como presidente. Segunda y tercera campañas de cerco y aniquilamiento. Japón ocupa Manchuria.

1932 —Japón ataca Shanghai. Los comunistas le declaran la guerra mientras Chiang Kai-shek establece un armisticio con él. Cuarta campaña de cerco y aniquilamiento.

1934 —Quinta campaña de cerco y aniquilamiento. Comienza la Gran Marcha del Ejército Rojo.

1935 —En la reunión de Tsunyi, Mao Tse-tung accede a la Presidencia del Partido Comunista. Termina la Gran Marcha y se crea el Frente Unido Antijaponés.

1936 —Manifestaciones estudiantiles antijaponesas en todo el país. Incidente de Sian con la captura de Chiang Kai-shek para obligarlo a resistir al Japón.

1937 —Inicio de la guerra chino-japonesa.

1941 —Tropas del Kuomintang atacan al ejército comunista. EE. UU. declaran la guerra al Japón.

1942 —Comienza en las zonas comunistas el primer gran movimiento de “rectificación”.

1943 —Se inicia el movimiento cooperativista en las regiones liberadas.

1945 —Rusia declara la Guerra al Japón y ocupa Manchuria. Rendición del Japón. Conferencia de Yalta. Se reanuda la guerra civil en China.

1946 —El Ejército comunista toma Manchuria; se reinicia la reforma agraria revolucionaria. Declaración de Mao Tse-tung: “El imperialismo y todos los reaccionarios son tigres de papel”.

1948 —Segundo movimiento de “rectificación”. Grandes manifestaciones estudiantiles antinorteamericanas. El ejército comunista pasa a la ofensiva en todo el país.

1949 —Tientsin y Pekín caen en manos de los comunistas. Se reúne la Asamblea Nacional Popular y se funda la República Popular China. Viaje de Mao Tse-tung a Moscú. Se instalan gobiernos populares en las zonas rurales y urbanas.

1950 —Pacto de Amistad y Alianza Chino-Soviético. Ley Matrimonial y Ley de Reforma Agraria. China entra a la guerra contra la intervención norteamericana en Corea.

1951 —Movimiento de reforma del pensamiento entre los intelectuales. Lucha contra la corrupción económica y política.

1952 —Se completan la reforma agraria, la reforma democrática y la nacionalización de los negocios privados y se plantea la “Línea general para el período de transición”. Conferencia asiática por la paz en Pekín.

1953 —Primer Plan Quinquenal. Se crean los equipos de ayuda mutua en el campo. Firma del armisticio en Corea.

1954 —Primera Constitución de China Popular luego de su discusión por 150 millones de personas. Se proclaman los Cinco Principios de la Coexistencia Pacífica.

1955 —Comienza la cooperativización agrícola semisocialista.

1956 —Se inicia el período de las Cien Flores. Cooperativas agrícolas de tipo avanzado.

1957 —Movimiento de rectificación. Movimiento antiderechista. Mao Tse-tung va a Moscú.

1958 —Segundo Plan Quinquenal. Se proclama la “Línea general para la construcción del socialismo”. Comienza el Gran Salto Adelante. Primeras comunas populares.

1960 —“Viva el leninismo” primer documento de la polémica chino-soviética. Retiro de los técnicos soviéticos de China.

1961 —Intervención norteamericana en Laos.

1962 —El Partido Comunista Chino ataca al revisionismo soviético. Conflicto chino-indú.

1964 —Bombardeos aéreos norteamericanos en Vietnam. Primera bomba atómica china. “En la agricultura, aprender de Tachai”, “En la industria aprender de Taching”. Revolución en la Opera de Pekín.

1965 —Se publica “Viva el triunfo de la Guerra Popular”. Crítica a Wu-Han, teniente alcalde de Pekín.

1966 —Tercer Plan Quinquenal. Comienza la Gran Revolución Cultural Proletaria. Primer dazibao marxista-leninista en la Universidad de Pekín. Mao Tse-tung recibe en agosto a un millón de Guardias Rojos. La clase obrera entra a la Revolución Cultural Proletaria en octubre. Expulsión de los estudiantes chinos de Moscú.

1967 —Revolución de enero en Shanghai. Proclama del Cuartel General de Rebeldía Revolucionaria de Shansí. Creación de Comités Revolucionarios para la toma del poder (La Gran Alianza y la Triple Integración Revolucionaria). Destrucción de la Embajada China en Moscú. Campaña de crítica a Liu Shao-chi. Primera bomba de hidrógeno.

1968 —Campaña de rectificación del Partido. Crítica del faccionalismo. Llamado a los intelectuales y cuadros a ir al campo a reeducarse con los campesinos; en seis años lo siguieron 40 millones de jóvenes. Yao Wen-yuan publica “La clase obrera debe dirigirlo todo”. Los equipos obreros entran a las universidades. Los médicos descalzos.

1969 —Ataque soviético a territorio chino. 9º Congreso y reorganización del Partido Comunista. Campaña de lucha-crítica-transformación en la superestructura. Crítica masiva revolucionaria.

1971 —Campaña de crítica a la teoría de las fuerzas productivas. Admisión de China en la ONU.

1973 —10º Congreso del Partido Comunista de China. Crítica a Lin Piao y Confucio.

1974 —Crítica sobre el carácter de clase de la música clásica no programática.

1975 —Campaña de estudio sobre la dictadura del proletariado. Segunda Constitución después de 4 años de debate. Muere Kang Sheng.

1976 —Mueren Chou En-lai y Chu Te. Destitución de Teng Siao-ping y campaña de crítica contra sus orientaciones políticas. Muere Mao Tse-tung. Golpe de estado contrarrevolucionario encabezado por Jua Kuo-feng y Teng Siao-ping. Se inicia la instauración del capitalismo.

MIAN XIANG NONG CUN WEI WU YI NONG MIN FU WU



Médica-descalza

Nota sobre el conferencista

Luis Guillermo Vasco Uribe

Antropólogo de la Universidad Nacional de Colombia, se vinculó a la docencia en 1970. Fue profesor titular en el Departamento de Antropología de la misma universidad. Además, ha sido catedrático en las universidades de Antioquia, del Valle, Pedagógica Nacional, Santo Tomás, Colegio Mayor de Cundinamarca (Facultad de Trabajo Social), Cooperativa de Colombia (Indesco) y del Magdalena.

Durante casi veinte años trabajó con indígenas embera-chamí de Risaralda y Valle del Cauca, y en la actualidad lo hace con guambianos del suroccidente del país, área en la cual ha hecho contribuciones en métodos y técnicas de investigación y en la construcción de textos en forma conjunta con miembros de estas sociedades.



Entre sus publicaciones se cuentan los libros: *Los Chamí. La situación del indígena en Colombia* (Margen Izquierdo, 1975); *Jaibanás. Los verdaderos hombres* (Banco Popular, 1985); *Semejantes a los dioses. Cerámica y cestería embera-chamí* (Universidad Nacional de Colombia, 1987); *Lewis Henry Morgan: Confesiones de amor y odio* (Universidad Nacional de Colombia, 1994); *Notas de viaje. Acerca de Marx y la antropología* (Fondo de Publicaciones de la Universidad del Magdalena, 2003); *Entre selva y páramo. Viviendo y pensando la lucha india* (Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2002) y *Guambianos. Hijos del aroiris y del agua* (Los Cuatro Elementos, Fondo de Promoción de la Cultura, Fundación Alejandro Angel Escobar, Cerec, 1998), este último de autoría conjunta con Abelino Dagua Hurtado y Misael Aranda, dirigentes guambianos.

También de autoría conjunta con los dos dirigentes guambianos se han publicado las cartillas: *Kerəsrakwan isukun* (Comité de Historia del Cabildo Guambiano, 1988), *Somos raíz y retoño* (Colombia Nuestra, 1989), *Calendario guambiano y ciclo agrícola* (Colombia Nuestra, 1990), *Sembrar y vivir en nuestra tierra* (Colombia Nuestra, 1991) y *Srekəllimisak. Historia del señor aguacero* (Ican, Colcultura, 1994).

Además, numerosos artículos en obras colectivas y en las revistas *Uroboros*, *Arqueología*, *Prisma*, *Nueva Visión*, *Letras de Tierra*, *Antropos*, *Politeia*, *Javeriana*, *Boletín de Antropología*, *Enfoques Colombianos*, *Temas Latinoamericanos*, *Maguaré*, *Adultos*, *Tropicana*, *Sociología Hoy*.

Desde hace cerca de 30 años, en la relación con las nacionalidades embera y guambiana, se ha desarrollado un replanteamiento de los métodos y técnicas de trabajo etnográfico con base en los planteamientos de Mao Tsetung en textos como “Acerca de la Práctica”, “Oponerse al culto a los libros” y “Prefacio y epílogo a Investigaciones rurales”, entre otros.

Estas innovaciones se han empleado en las actividades de trabajo solidario conjunto con el Movimiento de Autoridades Indígenas de Colombia, tanto en los procesos de lucha y recuperación territorial, como en aquellos de replanteamiento de los procesos económicos y organizativos, así como en los de recuperación de la historia, la cosmovisión y la cultura. Para ello, la comparación con los procesos vividos durante la Revolución China ha sido de importancia, pues se han encontrado similitudes en algunos aspectos, por ejemplo en la forma de conocimiento comunitario en la que todos aportan y al final se da un “redondeo” global, semejante al método de las “reuniones de discusión e investigación” que planteó Mao; o la concepción sobre los vientos, pues los guambianos consideran, como se planteó en China, que “el Viento del Este prevalece sobre el Viento del Oeste”. Algo parecido se presenta en cuanto al papel que corresponde al pueblo en la “recuperación de la historia”, que significa retomar en sus propias manos su destino como sociedad, es decir, la lucha por la autonomía y los derechos. Dos reflexiones acerca de este proceso se encuentran en los libros *Entre selva y páramo. Viviendo y pensando la lucha india* (ICANH, 2002) y *Notas de viaje. Acerca de Marx y la antropología* (Universidad del Magdalena, 2003).

En las ciencias sociales se debaten dos concepciones sobre la vida social: una que la piensa fraccionada en sus elementos componentes, que deben ser estudiados en sí mismos, y que ha dado origen a las diferentes disciplinas o ciencias sociales; otra que concibe la vida social como una unidad, como un todo, que debe ser conocido y sobre el cual debe actuarse como la totalidad que constituye, como lo hace el marxismo

Algunas corrientes antropológicas, a causa del carácter totalizador de las sociedades que estudia, se ubican en este campo. Para ellas resulte de gran importancia el estudio de las concepciones y luchas de la China revolucionaria, en las cuales este pensamiento totalizador fue guía. Resaltan aquí fenómenos como el de las Bases de Apoyo, durante el período de la Revolución de Nueva Democracia, y el de la Comuna Popular, durante la Revolución Socialista, como formas sociales en donde los distintos aspectos de la vida social se pensaron y se construyeron como totalidad.

De ahí que Vasco haya seguido muy de cerca el curso de la Revolución China, en especial de la Revolución Cultural.